



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MIKKY ROBERTS
**MUERTE EN
TUS BRAZOS**

MIKKY ROBERTS

MUERTE EN TUS BRAZOS

1.^a EDICIÓN
MAYO – 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BUENOS AIRES – BOGOTA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B5228 – 1961

PRINTED IN SPAIN – IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS – 1961

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1961

N. R. 1411 – 1961

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:**

En Colección BISONTE:

623. — Trece muertos. **676.** — Llegó con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

435. — Negocio en quiebra. **541.** — Belleza para morir.

En Colección BÚFALO:

390. — Sustituto para morir. **395.** — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

204. — El camino del oro. **234.** — Agente Pinkerton.

En Colección TEXAS:

238. — Fuego y pólvora. **246.** — La ley ha muerto.

En Colección COLORADO:

107. — Río Diablo. **129.** — Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

126. — Juego sangriento. **137.** — La viuda negra.

En Colección ASES DEL OESTE:

63. — Tal para cual.

En Colección BRAVO OESTE:

5. — La caricia del cáñamo. **15.** — El peor hombre de Kansas



CAPÍTULO PRIMERO

Vesta Deluca se movía en la pecera del «Edén» con suaves y lánguidos movimientos encaminados a subrayar los naturales atractivos de su largo cuerpo tostado, envuelto sólo por las ondas verdosas del agua que chocaba contra la pared de cristal a cada una de sus flexiones.

Era un espectáculo fascinante.

Lloyd Elliot, sentado a una mesa próxima a la pecera, no dejaba de advertir la tensión existente en la sala del club nocturno. En las mesas, las parejas tenían la mirada clavada en el vidrio de la gran pecera, iluminada por una luz espectral que daba misteriosos matices al cuerpo de Vesta.

Sólo los camareros se movían veloz y silenciosamente por entre las mesas, cumpliendo los pedidos. La sala, a oscuras, estaba pendiente del espectáculo.

El ballet de Vesta Deluca terminó al fin. Su piel húmeda brillaba como la de un pez en su elemento, y la gracia de sus brazos y piernas se prolongó en un escorzo final.

Los aplausos rompieron el contenido silencio, y la pecera se apagó. Las pequeñas lámparas de las mesas se encendieron para aumentar las zonas de penumbra, y la orquesta atacó un bailable. Varias parejas se abrazaron en la pista. Lloyd encendió un cigarrillo para ocuparse a continuación de su cóctel de champaña.

Estaba solo y no esperaba compañía. Realmente había entrado en el «Edén» casualmente, dejándose llevar por el lento giro de su aburrimiento. Estaba de vacaciones y eso le ponía de mal humor. Durante aquellos días de descanso no sabía en qué ocupar su tiempo, pero por otra parte consideraba necesario su reposo

después del último trabajo.

Le hizo entrar el nombre de Vesta Deluca en la cabecera del cartel. La había conocido tres años atrás, cuando pretendía iniciar su carrera, y de pronto había sentido curiosidad por ver cómo seguía.

Chupó el cigarrillo y tabaleó sobre el blanco mantel, mirando a la pista. Aquellas parejas seguían un juego tan viejo como el mundo, y estaba en condiciones de acertar cuál sería el resultado del mismo.

—No puedo creer que Lloyd Elliot no tenga compañía.

Aquella súbita voz que sonó a su derecha le sorprendió, haciéndole apartar los ojos de la pista para mirar a Vesta Deluca, embutida dentro de un vestido blanco sin espalda que la doncella acababa de coserle sobre la piel.

Se incorporó él y sonrió a la hermosa mujer.

—No sabía que hubieras llegado tan alto. Imagino que no aceptarás mi invitación.

—Te equivocas —sonrió ella, inclinándose sobre él y golpeándole amistosamente el brazo—. Ardo en deseos de mojarme por dentro.

La ayudó a sentarse, y ella lo hizo con un suspiro. Lloyd la miró con atención durante unos segundos. Aquellos tres años no habían pasado en vano para Vesta. No para empeorar, por supuesto. Algo había hecho que ella se desarrollase hasta ofrecer un aspecto fastuoso. También sabía maquillarse mejor y no utilizaba apenas los productos de tocador. Su rostro estaba limpio y suavemente tostado, y los labios apenas tenían color. Sólo los ojos estaban hábilmente sombreados para darles profundidad y misterio. El resto había podido apreciarlo en la pecera, durante el espectáculo.

—¿He salido airosa del examen? —se burló Vesta.

—Tú sabes que sí. No es preciso que te pregunte cómo te va: salta a la vista.

Ella rió suavemente.

—Siempre me pareciste divertido, Lloyd.

—Pero no te has acordado mucho de mí, en este tiempo.

—No pude.

—¿Has trabajado mucho para triunfar?

—He tenido suerte y buenas amistades.

—Comprendo.

Ella alargó la mano y le acarició. Los dedos femeninos eran suaves y hábiles, y Vesta sonreía con arte. Lloyd sabía que aquello le había abierto muchas puertas.

—A ti también te va bien con tu agencia, ¿no es verdad, Lloyd? He leído cosas sobre ti en la sección de sucesos de los periódicos.

—Oh, sí. Lloyd Elliot, detective. No puedo quejarme.

—Tu último éxito, el hallazgo del collar de perlas de miss Huttington. He leído u oído en algún cotilleo que al lado de miss Huttington encontraste algo más que sus perlas.

—Oh, oh...

—Son caprichosas las millonarias, ¿verdad, Lloyd?

Elliott señaló la pista.

—Es un delito no aprovechar este calypso, nena.

Vesta se levantó sin dejar de mirar a Lloyd con intención. Una vez en la pista, la tomó él entre sus brazos y se abandonaron al baile. Era un calypso que llevaba en sus notas un hálito tropical que levantaba ondas cálidas en la sangre. Vesta bailaba bien y vibraba con el ritmo.

—¿Tienes compromiso para esta noche, Vesta?

—No.

—Eso quiere decir que...

—Todavía no me has invitado.

Rozó su mejilla con los labios.

—¿Es preciso?

Siguieron dos horas plenas de encanto. Se sucedieron los cócteles y los bailes, y bien entrada la madrugada llegaban a la puerta de la casa de Vesta.

—¿Una última copa, Lloyd? He recibido un whisky de Escocia que merece estar en un museo.

—Con gusto, nena.

Subieron en el ascensor al piso donde Vesta tenía su apartamento y ella trasteó en su bolso hasta que encontró la llave.

—Empiezo a pensar que hemos bebido demasiado —suspiró ella, con una risita—. Me tiembla el pulso.

Una vez dentro, él la abrazó. Vesta se reclinó sobre él entrecerrando los ojos y le ofreció los labios. El beso fue largo y los brazos femeninos se obstinaron tras la nuca masculina, en suave dogal de seda.

Estaban en un *living* de amplias proporciones y muy confortable. Junto a la chimenea había un carrito-bar adosado a un largo sofá rojo. La luz era tenue, y procedía de varias lámparas acertadamente distribuidas en distintas mesitas. Una gruesa alfombra cubría la mayor parte del suelo, y en un rincón había un aparato de televisión.

—¿Quieres ir preparando los whiskies? Me cambiaré para ponerme cómoda.

Volvió al cabo de cinco minutos. Había trocado el ceñido vestido blanco por unos pantalones negros y una blusa estampada que caía por encima de los pantalones. Iba descalza y sus lindos pies se

hundían en la alfombra perezosamente.

Lloyd la miró desde la chimenea.

—Vives muy bien.

Ella se dejó caer en el sofá, y recogió los pies sobre lo que podríamos llamar con propiedad, el césped del tapizado.

—¿No vas a traermme ese whisky?

Lloyd escanció el licor en alto vaso de borde dorado y se lo llevó.

—¿Puedes pagar todo este lujo? —preguntó Lloyd mirando en torno.

—Vivo con una amiga, y los gastos salen a medias.

—Oh. ¿Dónde está?

—Por ahí. Vivimos bastante independientes.

—Imagina que regresa y cae en medio de una reunión íntima.

—Trabaja por la noche.

Elliot acercóse a una puerta situada en un extremo del *living* y se encontró en un dormitorio decorado en azul y muy ordenado. Desde él se pasaba a un cuarto de baño también azul y reluciente.

De regreso, Vesta informó:

—Es el dormitorio de Kay.

—¿Ese es el nombre de tu amiga?

—Sí; Kay Weston. Es locutora de los programas nocturnos de la Emisora NBA. ¿No vas a sentarte?

Lo hizo Elliot, y la muchacha se desplazó hasta situarse junto a él.

—Brindemos por algo hermoso, Lloyd.

—Por ti.

Chocaron los vasos.

—Gracias.

Dejó ella el vaso en una mesita y le abrazó.

El detective la miró curiosamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Vesta, decepcionada.

—Hace rato estoy preguntándome el porqué de todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Hace tres años que nos separamos y no como amigos, ¿recuerdas?

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Si nuestra amistad acabó de mala manera debe haber un motivo para que te hayas portado tan amablemente conmigo.

—Es una reconciliación.

—Si tienes muchos defectos, entre ellos no entra el de ser caprichosa. El cerebro domina a tu corazón.

Vesta se apartó y en lugar de estallar en improperios como él esperaba, inclinó la cabeza y cruzó los brazos.

—Tienes razón.

—Vaya.

—Es mejor que te lo diga todo.

—Sí; es preferible. ¿Otro whisky?

—No; estoy casi embriagada. Por favor, ayúdame.

—¿Por qué yo, precisamente?

—Es tu oficio ayudar a la gente que está en apuros. Puedo pagarte, además, pero no debo mencionar el dinero entre nosotros. Un día nos amamos, o creíamos que estábamos enamorados, al menos; pero yo ambicionaba mucho y tú no podías ofrecerme gran cosa. Sin embargo, he guardado buen recuerdo de ti. Antes has dicho que no soy caprichosa, y no es exacto. Me costó mucho renunciar a ti y... Pero aquello murió.

Lloyd estaba tenso, a dos palmos de la bailarina acuática.

—Continúa.

—Al verte esta noche en el «Edén» se me ocurrió de pronto que tú podrías hacerme un gran servicio, y no sé por qué inicié el camino del coqueteo en lugar de ir de frente hacia ti. Hubiera sido más honrado, pero pensé que podrías rechazar mi petición, y en cambio, después del espectáculo, te sería más difícil renunciar a un «flirt».

—No me gusta hacer de conejo de indias, pequeña. Tú sabes que mi carácter es violento, en ciertos casos.

—Perdona. He cometido un error.

Se incorporó el muchacho y se ajustó la chaqueta.

—Te deseo suerte, Vesta.

Ella saltó del diván y le cerró el paso.

—No puedes marcharte sin haberme escuchado, Lloyd.

Le sujetó de las solapas y le abrazó luego. Pese al cálido contacto, Elliot permaneció rígido como una columna de mármol.

—Creo que la velada se ha arruinado —dijo él, tan sólo.

La mujer se apartó.

—No me guardes rencor; por favor...

Estaba enormemente seductora con aquel atuendo bajo el que vibraba su cuerpo desbordado.

—Estoy de vacaciones.

Ella agitó los rojizos cabellos al mover nerviosamente la cabeza.

—Es un asunto delicado del que sólo puedo encargarme a una persona de confianza —le tomó de la mano y lo condujo al diván, de nuevo—: déjame que te lo explique y luego toma la decisión que mejor te parezca.

Cedió él y se sentó. Vesta no le soltó la mano y comenzó:

—Voy a casarme, Lloyd, con un rico hacendado de California. Es un asunto hecho, que tendrá lugar en cuanto yo lo quiera, pero

antes debo recuperar unas cartas.

—¿Unas cartas?

—Sí; las escribí hace algún tiempo y pueden hacerme daño.

—¿Qué ponías en ellas?

—Quizá me mostré demasiado apasionada, quizá mencioné cosas que nunca debí haber puesto en un escrito —exclamó, apretándole la mano vehementemente—. El caso es que las escribí. Si esas cartas llegasen a manos del hombre con el que voy a casarme, significarían la ruptura de nuestro compromiso.

—¿No sabe a lo que te dedicas?

—Oh, sí. Nos conocimos en el club.

—En ese caso, no debe extrañarle...

—¡Oh, no le conoces en absoluto! Mis actuaciones excitan su imaginación, pero le he hecho creer que no ha habido otro antes que él.

—¿Y qué ocurre con esas cartas? ¿Te hacen chantaje?

—Hasta ahora no.

—¿Y bien? ¿Por qué no se las pides a quien las posee?

—Lo he intentado...

—Y no han accedido.

—No está en Nueva York.

—Búscales donde esté.

—No he conseguido obtener noticias de su paradero.

Vesta se aproximó un poco más a él.

—Averigua dónde está, Lloyd, es tu oficio. Tienes medios de averiguarlo. Localízamelo y yo haré el resto. Pero date prisa. Mi hacendado no quiere esperar más.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, ella buscó en el bolsillo interior de la chaqueta hasta sacar la agenda.

—Toma nota, querido. Te daré su nombre y dirección.

—No he dicho que acepte el encargo.

—¡No puedes negarte! ¿Es que no lo comprendes? ¡Es mi felicidad lo que está en juego! ¿No vas a hacerme este último favor, Lloyd? ¿Eres capaz de ver impasible cómo se arruina mi vida por unas estúpidas cartas?

Los enormes ojos femeninos tenían un brillo excitado, producido por el champaña.

—Siempre has ocupado un lugar en mi corazón, Lloyd, hazlo por mí.

Tomó él la agenda.

—¿Nombre?

—Werner Jones.

—¿Domicilio?

—Calle ochenta y seis, este, número quince.

—Junto al Central Park. Una espléndida situación. ¿A qué se dedica? ¿Es otro millonario?

—Tiene negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—No lo sé. Pero era generoso.

—¿Dónde lo conociste?

—En el Hipódromo de Belmont Park.

—¿Cuánto duró el idilio?

—Unos tres meses.

—¿Quién se cansó primero?

—Fue un acuerdo mutuo. Las cartas tenía que devolvérmelas... y no lo hizo. No me preocupé gran cosa porque me resultaba indiferente, pero ahora es distinto.

—Comprendo.

—¿Crees que conseguirás localizarle?

—Si me dices una fotografía...

—No tengo. Nunca me dio ninguna.

—Bien; ya pensaré algo.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Le quitó la agenda de las manos y le ofreció los labios. Lloyd Elliot se inclinó sobre ella.

CAPÍTULO II

El quince de la Calle ochenta y seis era una lujosa casa de apartamentos, con amplio vestíbulo lleno de bronces y mármoles. Lloyd Elliot se inclinó hacia adelante la gorra azul en la que se leían las siglas de la Compañía Telefónica, y se cambió de mano la cartera de las herramientas.

Torciendo el gesto, se dirigió recto al portero.

—¿Cuál es el apartamento del señor Werner Jones? Por lo visto tienen el teléfono estropeado.

—Vaya por este pasillo y encontrará el ascensor de servicio. Utilícelo hasta el piso noveno. Y la próxima vez entre por la puerta de servicio: es la que le corresponde.

—Excúseme, excelencia —se burló, pero siguió la indicación del portero, cuyo rostro quedó lívido.

Unos minutos después llamaba a la puerta de servicio del apartamento de Werner Jones.

Un criado de rostro pálido y chupado le bloqueó el paso.

—¿A quién busca?

—Me envía la Compañía Telefónica para realizar unos ajustes en la línea. ¿Puedo pasar?

El otro dudó.

—El teléfono funciona perfectamente.

—Oh, sí, pero hemos comprobado que existe un desajuste en los circuitos.

—Deberían habernos avisado de que pensaban venir —reprochó el criado, ásperamente.

Lloyd se encogió de hombros y agitó la cartera de las herramientas.

—Como quiera; no tardarán en tener una avería y cuando avisen no podremos acudir inmediatamente porque estaremos ocupados en otros sectores. Buenos días.

—Aguarde —se hizo a un lado y le invitó a entrar—. Pase.

Elliot se encontró en un *office* de amplias proporciones. De la cocina abierta salía un tufillo grato al olfato, que invitaba a seguir aquella dirección. El que le había franqueado la puerta señaló a un rincón:

—Ahí tiene un teléfono.

El muchacho acercó una silla, se quitó la cazadora de cuero y dejó resbalar la gorra hasta la nuca. Luego sacó las herramientas de

la cartera y desatornilló el teléfono de la pared. Durante unos segundos fingió que trasteaba en el interior del aparato, hasta que por fin volvió a sujetarlo a la pared.

—Perfecto. ¿Quiere llevarme a los otros teléfonos?

Sin una palabra, el criado le precedió fuera del *office*, y le hizo entrar en la parte destinada a los señores de la casa. Por un pasillo cruzaron ante varias habitaciones lujosamente amuebladas, y llegaron al fin a un amplio salón.

—¿Toda la casa está vacía? —preguntó el muchacho—. Tiene que aburrirse usted como una ostra, amigo.

El otro gruñó algo, cuyo significado no pudo deducir, y durante unos instantes Lloyd se aplicó a la tarea de desmontar el teléfono de mesa. Mientras lo hacía, miró de reojo los detalles más significativos.

Era un salón de grandes proporciones y amueblado con derroche de dinero. Había pesados sillones, amplios divanes, una gran biblioteca, un armario bar, una chimenea de mármol verde y encima un marco de piel con una fotografía.

Pero lo más curioso eran las cartas sin abrir, dirigidas a Werner Jones, y que aguardaban a su destinatario sobre una bandeja de plata.

—El señor Jones no es muy amigo de la lectura —bromeó el muchacho, señalando la correspondencia.

—Está de viaje.

—Oh. ¿Se ha marchado? Sin duda a Miami —volvió a insistir Lloyd.

—¿Ya ha terminado su trabajo? —preguntó el otro, evasivamente.

—Yo en su lugar me hubiera hecho reexpedir la correspondencia. Uno no sabe nunca si el correo puede traernos algo interesante.

Terminó de atornillar el aparato y se encaminó a la chimenea.

—Eh, la salida es por este lado —cortó el criado. Lloyd sonrió amable.

—Ya lo sé, pero iba a mirar esta foto. Soy un apasionado de la fotografía, ¿sabe? Caramba, buena instantánea en el hipódromo. Vaya, yo diría que conozco a este señor.

—No es posible —el tono de su interlocutor era glacial—. Es el señor Werner Jones y dudo que frecuenten los mismos ambientes.

—A pesar de todo, yo diría que le he visto antes. Y va muy bien acompañado. ¿Su esposa, quizá?

—No.

—Lo imaginaba. Las mujeres como ésta no se casan. ¿Es aficionado a los caballos el señor Jones?

En aquel instante el teléfono comenzó a funcionar, y su timbre se extendió chillonamente por el salón.

—Lo he dejado perfecto, ¿eh? —comentó Elliot.

El criado dudó un instante, pero acabó por acudir junto al aparato.

—¿Sí? ¿El señor Jones? Lo siento... ¿Quién llama? Sí... El señor Jones no está... No... No lo sé... Ignoro su actual paradero... Tuvo que salir de viaje... ¿Cómo? Por supuesto que puedo tomar ese encargo, señor.

En aquel instante, el criado volvió la espalda a Lloyd para inclinarse sobre la mesita del teléfono y escribir algo que el comunicante le dictaba.

Los movimientos de Lloyd fueron rapidísimos, y no le costó ni medio minuto sacar la foto del marco y guardarla en el bolsillo. Luego situó el marco tras un jarrón de porcelana y regresó al lugar donde tenía su cartera.

El criado terminaba su comunicación y obtuvo con su cuerpo el bloc de notas donde había escrito el mensaje. Después de arrancar la hoja y guardarla en el bolsillo del chaleco listado se encaró con el muchacho.

—¿Ha terminado su trabajo?

—Sí, por supuesto que sí. ¿Ha comprobado si la audición era clara y fuerte.

—Naturalmente. Ha funcionado como siempre.

Metió Lloyd las herramientas en la cartera y sacó una caja de cartón, que se le abrió entre los dedos, desparramándose una nube de pequeños tornillos.

—¡Qué mala suerte! —comentó Elliot—. Estas cajas de cartón suelen dar a veces estos disgustos. Lamento ocupar parte de su tiempo buscando estos condenados tornillos.

—Dese prisa.

—Oh, sí.

Bajo la atenta mirada del estólido individuo, Lloyd se movió rápidamente y recogió los tornillos en el hueco de la mano.

—¿Puedo coger una hoja de este bloc? —y sonrió—. Si los envuelvo, no volverá a ocurrir esto.

Sin esperar la autorización correspondiente, arrancó la hoja y formó un cucurucho en el que vertió los tornillos.

—Es usted muy amable.

Asió la cartera y se dirigió a la salida.

—Ya saben; si notaran alguna anomalía en el servicio, no vacilen en llamar a la Compañía. Estamos al servicio de los señores abonados.

La última parte de la recomendación la dijo en el pasillo, frente

a la puerta cerrada bruscamente ante su cara.

Una sonrisa suave resbaló por los labios de Lloyd, que corrió al ascensor para bajar a la planta baja, satisfecho del resultado de su treta.

Unos minutos después, entraba en su coche, aparcado una manzana más abajo. Una vez dentro, se despojó de la gorra azul y de la cazadora de cuero, y se puso la chaqueta y el plexible.

Luego, hizo rodar el coche hasta incorporarlo al intenso tráfico de la Quinta Avenida.

Desde su oficina, marcó el número del apartamento de Vesta, que tardó en responder:

—¿Quién es?

—Lloyd.

—Oh. Estaba en el baño, querido, y me has hecho salir sin darme tiempo más que para echarme por encima una toalla. ¿Buenas noticias?

—No sé si son buenas o malas. Verás, estuve en casa de míster Jones.

—¿Le has visto?

—No está en Nueva York.

—Oh.

—Ni el criado sabe su paradero. Salió súbitamente de viaje, eso es todo.

—¿Y mis cartas?

—Aunque entré en el apartamento de Werner Jones, no me fue posible registrarlo en busca de tus cartas, Vesta. El criado me vigiló continuamente.

—¿Esa es toda la información? —parecía decepcionada.

—Sí, por ahora. Aunque he pensado algo.

—¿De qué se trata?

—Hay una posibilidad. Quizá Jones se haya puesto en viaje a causa de una mujer.

—¿Quién?

—No lo sé. Vi una foto suya acompañando a una morena de bien acabada carrocería. Y no eras tú, preciosa. Sin duda ha encontrado la fórmula ideal para olvidarte.

Oyó al otro lado de la línea el mosconeo del despecho.

—Bueno, es completamente libre de hacer lo que le parezca. Lo nuestro acabó.

—¿Tienes idea de quién puede ser ella? Quizá buscando por ese lado encontremos a Jones.

—¿No tiene dedicatoria alguna?

—No. Ella es alta, morena, el cabello corto formando un gracioso casquete, grandes ojos, y muy elegante. Cualquiera diría que es una modelo, por la forma de vestir. Ambos están en un hipódromo, y al fondo se ve un caballo conducido por un jockey hacia la cinta de salida.

—No puedo hacerme una idea, pero si la viera quizá podría identificarla.

—¿Dónde podemos vernos?

—Tomaré el aperitivo en «Hullo».

—Allí estaré al mediodía.

Colgó. Durante unos minutos continuó mirando la fotografía, tratando de hallar algo en ella que pudiera darle una pista. No podía identificar el Hipódromo en el que había sido tomada la instantánea y posiblemente allí podrían darle el nombre de la compañera de Werner Jones.

Dejó la foto a un lado y sacó la papeleta en la que había envuelto los tornillos, en casa de Jones. Cuidadosamente, la desplegó y trató de leer lo que el criado había escrito sobre aquella hoja del block, pero no le fue posible a simple vista. Para obtener algún resultado práctico, sería preciso utilizar la técnica de los departamentos policíacos.

Guardó aquella hoja en una carpeta, y luego salió de su oficina con una idea en la cabeza.

Media hora después se detenía ante el edificio del *Mirror*, uno de los diarios de la mañana de mayor tirada. En Información preguntó por Leslie Nelson, y un botones le condujo hasta un despacho de paredes de cristal que recordaba a una pecera. En su interior, flotaba un raro pez gordo y pesado que escribía cuidadosamente a mano. Era Leslie Nelson, redactor hípico del periódico.

—Sólo me haces una visita cuando vienes a pedirme algo, Elliot. ¿Qué es ahora?

Lloyd se derrumbó en una butaca.

—Eres enormemente franco en tus expresiones, Leslie. No me das oportunidad a que me interese por tu salud.

—Déjate de convencionalismos. ¿Acaso es dinero?

—Llevo dos años sin darte un sablazo, Leslie. Justo desde que me van bien las cosas con la Agencia.

—En ese caso, es una consulta profesional.

Sacó Lloyd la foto obtenida en su visita a la casa de Werner Jones.

—Quisiera saber dónde fue tomada esta foto.

Leslie Nelson la observó atentamente y luego sacó una lupa del cajón central de su mesa.

—Yo diría que éste es... Mack Namara, sí, el jockey de los Morgan, y conduce a la yegua «Estrellita». Aguarda un momento.

Se levantó y fue a un armario metálico del que sacó una carpeta. Con ella regresó a la mesa y se desparramó sobre el amplio sillón.

Durante unos minutos estuvo pasando hojas con recortes del *Mirror* pegadas a las mismas, hasta que al fin se detuvo en su búsqueda.

—Aquí lo tengo. «Estrellita» y Mack Namara coincidieron en el Belmont Park, el doce de junio. «Estrellita» hizo una buena carrera, pese a llevar el número trece, que se ve claramente en la foto.

Elliot palmeó el hombro de su amigo.

—Gracias, Leslie. Eres magnífico.

—¿Qué es lo que buscas?

—Al tipo de la foto.

—No lo conozco, pero puedo decirte algo acerca de él: tiene buen gusto.

—¿Lo dices por la chica? No se necesita ser un viejo zorro como tú para advertirlo.

—Pero un viejo zorro como yo ha marcado alguna vez el teléfono de esa chica.

La mandíbula inferior de Lloyd quedó colgando a causa de la sorpresa.

—¿Qué dices? ¿La conoces?

Leslie lanzó una carcajada y cerró la carpeta con los recortes. Luego se recostó en el sillón basculante que ocupaba y cruzó las manos beatíficamente sobre su estómago, como un buda nacido en Brooklyn.

—Dame su nombre, dirección y teléfono, rápido —pidió el detective, disponiéndose a anotarlos en su agenda.

Nelson sacudió la cabeza negativamente.

—No me gusta la competencia.

—Sólo quiero hacerle unas preguntas, Leslie. ¡Por favor!

El periodista volvió a reír, divertido.

—¿Qué ocurre con ella?

—Sólo que acompaña a este caballero.

—¿Es realmente un caballero?

—No pondría mi mano en el fuego.

—¿Qué ha hecho?

—Sólo desaparecer.

Leslie torció el gesto.

—¿No estará Amy complicada en ningún crimen?

—¿Ese es su nombre?

Nelson se encogió de hombros.

—Está bien, te lo diré. De todas formas lo averiguarías con sólo

preguntar a los camareros del bar del Belmont Park. Es una modelo y se dedica a posar para fotografías publicitarias. Su nombre es Amy King, y vale su peso. Vive en un apartamento de la calle Sullivan, en el número treinta y siete; eso está en Greenwich Village.

—En el barrio bohemio.

—Exacto.

Lloyd se incorporó y guardó la foto.

—Quedo en deuda contigo, Leslie.

—Algún día te pasaré la factura. ¿En serio, no es nada lo de Amy?

—Me conformaré con que me diga dónde está él.

—¿Por qué lo buscas?

—Hay alguien que desea encontrarlo. Ya sabes, vivo de mis clientes.

—Eso quiere decir que no violarás un secreto profesional. Está bien, Sherlock Holmes, me hago cargo. Suerte.

Lloyd sonrió a su amigo y salió de su despacho. Una vez en el coche, encendió un cigarrillo y lo saboreó mientras ponía en marcha el vehículo.

El tráfico neoyorquino a mediodía servía para poner a prueba los nervios del conductor más experimentado. Durante más de una hora, Elliot luchó con el volante, manejando su coche por entre el dédalo circulatorio, buscando incesantemente un hueco para avanzar. De esa forma llegó a Greenwich Village, un barrio con casas normales de dos o tres pisos, y con un curioso aire provinciano. Una vez en Greenwich Village, uno podía creerse en el corazón bohemio de París, o en la parte de Londres situada en torno a Pimlico Street. Pero aquello seguía siendo Nueva York, pese a todo, aunque sus habitantes vistieran «blue-jeans» y los hombres dejaran crecer salvajes barbas en sus rostros chupados.

Buscó la calle Sullivan y detuvo el coche ante el número treinta y siete. En la esquina, bajo una marquesina, estaban de charla tres adolescentes embutidos en sueters grasientos y calzados con botas de basket. Posiblemente no se habían lavado en varias semanas, pero estaba seguro de que discutían problemas filosóficos.

Ellos le miraron y Elliot volvió sobre sus pasos para recuperar la llave del encendido a fin de evitarles tentaciones a aquellos muchachos.

Miró luego la fachada del número treinta y siete. Estaba sucia y desaliñada como aquellos adolescentes, pero a pesar de ello tenía un aire vagamente pretencioso.

Decidido, entró en el portal y casi tropezó con un individuo que salía llevando bajo el brazo un fardo de lienzo pintados. Tenía el suéter lleno de óleo y en la otra mano llevaba una caja de pinturas

y un manojo de pinceles sucios, recién usados.

—¡Eh, tenga cuidado! —le gritó el artista—. ¡Ha podido estropearme estas obras de arte!

Los ojos hundidos brillaban con santa indignación, y Elliot se hizo a un lado. El pintor pasó de largo, no tan rápido que Lloyd no pudiera ver qué eran aquellas obras de arte.

El detective resopló. Sobre los lienzos inmaculados, aquel tipo histérico había vertido botes de pintura sin lógica alguna, creando una masa confusa de color que parecía salida de un cerebro en desorden.

Desolado, se encogió de hombros y aproximóse a la garita encristalada de la portera.

—¿A quién busca? —la voz cascada le sorprendió desde las profundidades del oscuro cuchitril.

—Sé que vive aquí una joven llamada Amy King, pero ignoro el piso.

—Usted se refiere a esa desvergonzada que se deja retratar con poca ropa, ¿no? Vive en la pensión de la señora Martins, primer piso.

Subió hasta allí y en la puerta vio el rótulo de «Pase sin llamar». Lo hizo y se encontró en un pequeño recibidor decorado al estilo de treinta años antes, pero en viejo. Una habitación situada frente a la entrada estaba abierta, y dentro, iluminada por el sol que entraba por un balcón, se hallaba una bailarina en «shorts», haciendo piernas aferrada al toallero del lavabo.

Ella le vio, pero no pareció concederle importancia alguna y continuó con sus rítmicos movimientos, siguiendo la tabla gimnástica aprendida de memoria. Tenía unas bonitas piernas, ágiles y bien proporcionadas. En aquel momento trabajaba por levantarlas una pulgada más, con la mayor elegancia posible.

Lloyd aguardó unos instantes, y al ver que nadie acudía se aproximó a la puerta de aquella habitación.

—Perdone, busco a la señorita Amy King.

La bailarina continuó con su ejercicio, imperturbable.

—No está.

—Me han dicho que vive aquí.

—Oh, sí, pero sólo viene por la noche... cuando viene. Por el día trabaja.

—¿Dónde podría encontrarla?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Quién es usted?

—Un amigo.

—Si fuera amigo suyo sabría dónde encontrarla —la bailarina volvió a levantar la pierna hasta casi tocarse la frente con la punta del pie.

—Verá; sólo tengo esta dirección y es urgente que pueda verla.

—¿Por qué?

—Soy amigo de la familia y traigo un recado para ella.

—Déjele una nota.

—Es algo que debo decirle de palabra.

Vaciló todavía la bailarina, y en aquel instante un gruñido les interrumpió:

—¡Le he dicho infinitas veces que no admitiré en mi casa visitas masculinas, señorita Frazer!

Una mujer gruesa y más bien baja apareció de pronto, procedente del largo corredor, y tocó a Lloyd en el codo.

—Aguarde abajo, caballero, si quiere algo de ella.

La bailarina masculló una imprecación.

—¡Vieja gruñona, ése no viene por mí!

—¿No, eh? ¿Y qué hace usted ahí, de esa forma...?’

—Busca a Amy.

—Oh —la dueña de la pensión apretó los delgados labios—. Ha salido como todas las mañanas.

—Usted puede decirme dónde la encontraré, ¿no? —preguntó suavemente Elliot.

La muchacha soltó el toallero y acudió a la puerta.

—¡No se lo diga, señora Martins! No sabemos si le gustará a Amy.

—¿Y a mí qué me importa? Allá ellos. Lo único que quiero es que no vengan por aquí hombres buscando a nadie. Amy trabaja en «Harvey & Brown Ltd.». Es una Agencia de Publicidad situada en el doscientos veinte de la Calle doce. Y ahora...

Lloyd sonrió, comprendiendo.

—Me voy, señora Martins. Muy agradecido.

Abajo, los adolescentes miraban su coche. Cuando los vio, apretó los puños y avanzó hacia ellos.

Uno de ellos estaba dentro del vehículo y había estado mirando la tarjeta de identidad y la matrícula.

—Hola, muchachos —saludó, seco—. ¿Muy interesados en lo que puedan encontrar?

Ninguno de los tres demostró nerviosismo. El que estaba sentado ante el tablero de instrumentos devolvió todo al cajetín y asomó por la puerta.

—Así que usted es detective, ¿eh? —preguntó.

—Puedo arruinarte el físico en menos de un segundo, muchacho. Sal de ahí.

El aludido obedeció, desganado.

—¿Qué busca por aquí, detective?

—No te importa.

Los tres muchachos se miraron y el que había registrado el coche metió las manos en los bolsillos.

—Yo de usted no me enfadaría. En Greenwich Village es fácil averiguarlo todo. Vamos, chicos.

Elliot le sujetó del pecho, con un zarpazo.

—Oye, bebé. ¿Qué pintas en esto?

—Suelte, amigo.

Había desprecio en la voz del adolescente, y no parecía en absoluto intimidado.

—Será mejor que te largues.

Le empujó, rudo, y luego desafió con la mirada a los otros, pero ninguno mostró señales de querer pelea.

Arrastrando los pies, se alejaron unos pasos y luego se volvieron para ver cómo se metía Elliot en el coche. Este maniobró en el encendido y arrancó de allí. Por el retrovisor vigiló a los adolescentes, y antes de girar por la primera esquina les vio introducirse en el treinta y siete de la calle Sullivan.

CAPÍTULO III

Había un ascensorista pelirrojo en el doscientos veinte de la Calle doce que estaba leyendo una revista de cine, con portada multicolor y efectista. Lloyd entró directamente en el ascensor y pidió ser trasladado al piso donde tenía su sede la «Harvey & Brown Ltd.».

—Busco a esta preciosidad. Seguro que está, ¿verdad? —sonrió, guiñando un ojo al empleado, al tiempo que enseñaba la foto de Amy King, cuidando de cubrir con la mano la figura de Werner Jones.

El ascensorista apartó un ojo de la revista y miró la foto.

—Oh, seguro, a menos que haya bajado andando... y no es probable porque la Agencia de Publicidad está en el décimo.

—Gracias, muchacho.

Siguiendo las instrucciones de éste, no tardó en encontrar la puerta de las oficinas que buscaba. Había una placa de aluminio anodizado que anunciaba el nombre de aquel despacho, y entró en un vestíbulo.

Había una telefonista que era al mismo tiempo mecanógrafa y a ella se dirigió sin pérdida de tiempo.

—¿Amy King?

Ella no respondió y pulsó un botón. Casi al instante se abrió una puerta y apareció un individuo macizo, con la nariz deformada y ojos pequeños sepultados en una masa de grasa y músculos. Tenía el cabello cortado en forma de cepillo, y los labios eran sólo un trazo recto bajo la nariz.

—Soy Peter Brown. ¿Qué busca?

—Deseo hablar con Amy King.

—¿Por qué?

—Creo que no me ha entendido: éste es un asunto personal.

—¿Qué ocurre para que un detective vaya detrás de Amy?

Elliot entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabe...?

—Lo sé y basta. Lárguese. No está Amy.

Lloyd apretó los puños.

—Tiene un buen servicio de vigilancia, señor Brown —admitió el muchacho muy suave—. ¿Qué significa eso?

—¡No me gusta que nadie meta la nariz en mis asuntos! ¡Largo o lo echaré a patadas!

—¿Por qué no lo intenta?

Peter Brown se movió como un tanque pesado. Era indudable que había resuelto muchas situaciones como aquélla en su vida, y no hacía falta ser un lince para comprender que siempre había tenido éxito.

Pero la misma puerta volvió a abrirse, y un individuo largo y fibroso contempló la escena por un instante. Era rubio y tenía un rostro atractivo, aunque en la mirada gris existiera un trasfondo agrio. Parecía un atleta, un luchador duro e implacable, pero con nervios bien templados.



Sobre la alfombra había un cadáver.

—Déjalo, Peter. El caballero ha comprendido.

Brown lanzó una maldición.

—¡Voy a darle un escarmiento para que en toda su cochina vida vuelva a meter la nariz donde no le importe —chilló—. Y tú no vas a impedírmelo, Stock.

—No es absolutamente preciso utilizar esos procedimientos, Peter —insistió el rubio, con tranquilidad.

Lloyd se encaró con él.

—Usted es Harvey, ¿no?

—Exacto. Uno de los miembros de la firma «Harvey & Brown Ltd.». Si alguna vez tiene un problema publicitario, se lo resolveremos con mucho gusto.

Elliot avanzó hacia el rubio.

—Por el momento, sólo deseo hablar con Amy King.

Harvey sonrió, pero sólo con los labios.

—Ella no está, ¿sabe?

Vaciló el muchacho, pero volvió a ponerse en movimiento hacia la puerta que bloqueaba Harvey con su cuerpo.

—Prefiero comprobarlo con mis propios ojos. No le importa, ¿verdad?

Llegó hasta donde estaba el socio de Brown, que no se movió. No hizo tampoco ningún gesto amenazador, y se limitó a decir:

—La puerta de salida está a su espalda, caballero. Buenas tardes.

Miró Lloyd a Peter Brown, que apretaba sus enormes puños ansiando entrar en acción, y luego a los ojos de Harvey, y comprendió que no le era posible llegar más lejos.

—Esto no evitará que yo vea a Amy King.

Dio media vuelta y salió.

Una vez en la calle se introdujo en su automóvil y abrió un periódico, dispuesto a quedarse de vigilancia hasta que viera salir a la modelo.

No tuvo que esperar más de quince minutos. En la puerta del edificio aparecieron Harvey, Brown y Amy King. Lloyd dejó a un lado el diario y puso en marcha el vehículo, saliendo detrás del «Sedán» negro que ocuparon los tres personajes.

No duró mucho la persecución. El coche perseguido se detuvo ante un restaurante, y sus tres ocupantes penetraron en él. Elliot, aparcó en un hueco, y acto seguido se introdujo en el mismo local.

Harvey, Brown y Amy se habían sentado en sendos taburetes ante el largo mostrador, y los primeros discutían algo relativo al menú, a juzgar por la carta que tenían en las manos. Lloyd no perdió tiempo y ocupó el espacio vacío situado junto a la bella modelo.

Ella le miró un momento al ser rozada, y Elliot intentó una sonrisa.

—¿Quiere ver esto? —le enseñó la foto—. ¿Dónde está él?

La contenida exclamación femenina hizo volver el rostro a sus dos acompañantes. Al reconocerlo, Peter Brown lanzó una sucia maldición y saltó del taburete. Harvey apretó las mandíbulas, y en sus mejillas se formó el nudo de los músculos faciales.

—¿Otra vez?

—Les dije que hablaría con Amy... y lo estoy haciendo. ¿Dónde está él? —y golpeó con el índice la figura de Werner Jones.

Brown alzó el brazo, terminado en un puño tan grande como un balón de rugby.

Lloyd advirtió, sin parpadear siquiera:

—Un escándalo nos conducirá a todos a comisaría, y dudo que a ustedes les interese.

Harvey silbó:

—¡Quieto, Peter!

—¡Estoy cansado de...!

—¡Maldito seas! —pareció que Harvey chasqueaba un látigo, y el socio se replegó sobre sí, lanzando llamaradas por los ojos.

Lloyd sonrió.

—¿Bien, Amy?

Harvey descendió del taburete y apartó a la modelo, situándose él en su lugar.

—Yo responderé a sus preguntas —y lanzó uní mirada a la foto.

—Usted no es Amy.

—¿Qué hay con ella?

—Ya lo oyó: busco a este hombre.

—¿Por qué?

—No le importa.

Harvey se dirigió a Brown, sin volver la cabeza.

—Llévatela, Peter.

Lloyd quiso saltar del taburete, pero Harvey se le interpuso.

—Nos quedaremos aquí —aseguró, firmemente.

Brown sujetó el codo de la modelo y la arrastró fuera de allí, sin una palabra de despedida.

—¿Un secuestro? —inquirió el detective.

—No sea estúpido. Sólo deseo que no se la moleste.

—No pensaba molestarla; únicamente le hice una pregunta.

—Yo se la responderé: Amy no sabe dónde diablos pueda encontrarse ese individuo.

—Usted no es Amy —repitió.

—Salta a la vista, pero la respuesta subsiste. No vuelva a importunarnos.

—¿Por qué esa falta de cooperación?

—Odio a los tipos que juegan a polizones, y me molesta que a mi novia le hagan la vida imposible.

—¿Va a casarse con Amy?

—Yo no he dicho eso. Y ahora, lárguese. No encontrará a Amy.

Elliot suspiró y guardóse la foto en el bolsillo.

—A pesar de todo, seguiré investigando.

—¿Por cuenta de quién?

El muchacho le lanzó una larga mirada y se alejó sin responderle.

Una vez en su coche reflexionó unos instantes a la vista de la foto de Amy y Jones. Ella era una mujer hermosa con un pasado turbio, a juzgar por la forma que tenían de protegerla. En su casa de Greenwich Village tenía quien le informase, y no cabía duda de que lo habían hecho telefónicamente avisándole de que él iba tras su pista. Aquellos tres adolescentes que curiosearon en su coche, y la bailarina debían ser amigos de Amy. Quizá ellos pudieran darle mayores informes, si los trataba de cierta manera.

Puso el automóvil en marcha y, mientras salía de la zona de aparcamiento, tuvo una idea.

CAPÍTULO IV

Cuando se abrió la puerta del despacho, Elliot volvió la cabeza para mirar al teniente Hal Davis, de la policía metropolitana.

—No esperaba tu visita, Lloyd.

Cerró el policía la puerta y rodeó el escritorio, sentándose en el sillón basculante.

—¿De qué se trata?

El detective miró al policía calculadoramente.

—Pasaba por aquí y decidí entrar a saludarte. Hace tiempo que no nos hemos visto.

—Demasiado, sí. Unos seis días, desde que acabó el asunto del collar de la Hutterington. ¿Por qué no hablas claro?

Elliot compuso un gesto abrumado.

—Siempre tan sagaz, teniente. Y tan inflexible. Jamás das una oportunidad para entrar en situación.

—Hay demasiados problemas esperando mi atención, muchacho. Imagino que tu salud es, por lo menos, tan buena como la mía, que no es mucho, y que los negocios no te van mal, a juzgar por el carro que tienes ahí fuera. La única incógnita es si continuas ayudando a la Ley, o has preferido las mayores ganancias que hay trabajando para los canallas. Pero ese es un asunto que tarde o temprano lo descubriré.

Lloyd suspiró.

—Siempre tan desconfiado. Óyeme, teniente: Al ver tu rostro en el espejo, ¿no has sentido tentaciones de mirar el fichero por si estaba en él la foto del tipo cuya imagen veías?

—Hemos perdido tres minutos. Si no te importa, mientras sigues hablando tonterías para entrar en situación iré revisando estos informes —y abrió una enorme carpeta que sacó del cajón central de la mesa.

Elliot se incorporó.

—Sólo quería saber si Amy King ha tenido alguna vez cuestiones con la policía.

El teniente Davis alzó la cabeza y retiró la carpeta.

—¿Quién es Amy King?

—Una modelo que posa para fotografías publicitarios. Es ésta —y le puso la foto ante él.

Davis la observó durante un minuto.

—No me es familiar su rostro, pero podemos mirar el fichero. A

él, sin embargo, si le conozco.

Lloyd enarcó las cejas.

—¿Werner Jones ha tenido que ver con la policía? —preguntó el muchacho.

El teniente alzó la cabeza y golpeó con el índice la figura de Jones.

—Escucha, Elliot, ¿qué hay entre este tipo y tú?

—Nada.

—¿Seguro?

—Lo estoy buscando, simplemente.

—¿Por qué?

Lloyd se rascó la mejilla.

—No se trata de ningún delito, teniente. Puedo darte mi palabra de honor, y siempre hemos sido amigos.

—A pesar de todo, dime la razón por la cual le buscar.

—Es un encargo de un cliente.

—¿Su nombre?

Lloyd se removió.

—¡Tú no puedes exírmelo, Hal! La ética profesional me impide...

—Al diablo esas consideraciones.

Vaciló el detective.

—Si no es absolutamente preciso no te diré una palabra más, teniente. Si las cosas se complicasen y hubiera motivos razonables para ello, vendré a contártelo todo.

Davis plegó los labios.

—Tendré en cuenta esto, llegado el momento.

Hubo un silencio pesado y Elliot preguntó:

—¿Qué ocurre con Werner Jones?

—Únicamente que no se llama así.

—Pero... He estado en su casa. Allí se le conoce como Werner Jones, y las cartas le son dirigidas con ese nombre...

—Es falso. En nuestros ficheros figura con el de Doug Klein.

El muchacho se incorporó, sorprendido.

—¿Doug Klein?

—Veo que te dice algo eso.

—Oh, sí. Es un *gangster*.

—Cumplió dos años de condena por malos tratos, y salió de la cárcel todavía no hace un año. Hay muchos delitos sin castigar que aguardan una prueba para ser imputados a Doug Klein. ¡Y sólo pudimos encerrarle por una estúpida acusación de malos tratos!

Lloyd parecía desolado.

—Te juro que no lo sabía.

—Está bien. ¿Vas a decírmelo todo ahora?

—Creo... creo que no. En realidad he sido engañado, consciente o inconscientemente, y es cosa que deseo averiguar. Sólo te diré que mi cliente es una antigua amiga.

—No es una gran pista. ¡Has tenido tantas!

Elliot tenía las facciones rígidas y su voz sonó con sequedad.

—Agradecido, teniente. Ahora debo hacer algo.

Y recogió la foto.

—Cuida ese genio.

El detective abandonó el edificio con una violenta arrancada del coche que denunció su estado de ánimo.

Estaba frío y sereno cuando llegó a la casa de Vesta Deluca, pero en el pecho le hervía la cólera. Sin consideraciones, apretó el índice contra el pulsador del apartamento de la bailarina y no lo levantó hasta que fue abierta la puerta.

No era Vesta.

—¿No ha aprendido buenos modales en toda su vida? —preguntó, enfadada, una linda rubia de ojos verdes y busto firme, encerrada en una bata de lindo corte y amplio escote.

Lloyd vaciló.

—Esperaba encontrar a Vesta.

—Ella no está —los jugosos labios femeninos se plegaron en un mohín colérico.

—Discúlpeme. Usted estaba durmiendo, quizá.

—Sí. ¿Por qué no lo pensó antes?

—No me acordé de usted, Kay, lo siento.

Ella enarcó las cejas.

—¿Sabe mi nombre?

—Vesta me habló de usted. ¿Dice que se ha marchado?

La locutora de la Emisora NBA se hizo a un lado.

—Usted debe ser Lloyd Elliot, pase.

—¿También ella le ha dicho mi nombre?

—En efecto. Antes de salir, me dijo que usted llamaría o vendría, y me encargó le dijese que no trabajase más en el asunto que le encomendó ayer. Sólo eso.

Kay cerró la puerta y le indicó un sillón.

—¿Quiere sentarse? Sírvese usted mismo algo mientras me cambio de ropa. El whisky está en aquella mesita.

—Estoy en ayunas todavía y no me sentaría muy bien.

—¡Qué casualidad! Yo tampoco he almorzado.

—Una coincidencia que debemos aprovechar —admitió el muchacho—. ¿Puedo invitarla?

—Con gusto. Siéntese. Trataré de no hacerme esperar demasiado.

Desapareció en la alcoba azul que él había visitado la noche

anterior. Hasta que desapareció, la siguió con la vista. El cuerpo femenino estaba envuelto en aquel translúcido salto de cama que ofrecía una encantadora visión de la silueta femenina. Kay era una muchacha de espléndida vitalidad. No se parecía en nada a Vesta, no había en ella perversión de ninguna clase, pero sí una tierna picardía que hacía hervir la sangre. Lloyd se encontró pensando que una mujer como Kay podía transformar muchas cosas en la vida de un hombre, y hacerlo para siempre.

Tuvo que esperar media hora, pero cuando apareció ella de nuevo, se alegró de aquella tardanza. Kay Weston se había puesto una simple falda y un «niky» de manga corta que seguía cada una de las particularidades de su cuerpo. Bajo el fino punto, Kay se erguía triunfadora y juvenil. Apenas se había maquillado, pero los ojos sonreían graciosamente, y la boca ofrecía el encanto de una salutación amistosa.

—Cuando usted quiera.

No pronunciaron palabra hasta llegar al coche. Una vez en él, sin embargo, volvió a Lloyd su personalidad profesional.

—¿Dice que Vesta se marchó?

—Sí.

—¿A dónde?

—No quiso decírmelo.

—¿Por qué me encargó que no siguiera con la investigación?

—No puedo decírselo. Recibió una llamada telefónica, y por la forma de expresarse deduje que se llevaba una sorpresa y que era un hombre quien la llamaba. Quedaron de acuerdo en la forma de encontrarse, y acto seguido, preparó un maletín con algo de ropa y me dio el recado para usted. ¿No podríamos hablar de esto en el restaurante? Me siento desfallecer.

—Oh, claro que sí.

Removiendo el azúcar del café, Elliot exclamó pensativamente:

—No es normal esa súbita marcha de Vesta.

Kay admitió:

—A mí también me extrañó, pero Vesta ha sido siempre una chica muy particular... muy libre. Posiblemente no haya nada de especial en su marcha, sino un flirt.

—¿Y ese hombre que la Llamó?

—Quizá la invitó a pasar el fin de semana en alguna finca próxima a Nueva York.

—¿Tiene idea de quién pueda ser? ¿El millonario californiano?

Kay parpadeó, divertida.

—¿Millonario californiano? —no pudo contener su risa—. ¿También a usted le contó esa historia?

—¿No es cierto que existe un millonario con el que está a punto de casarse?

Kay negó, sin dejar de sonreír.

—Vesta ha vivido siempre llena de fantasías, a pesar de que tiene los ojos muy abiertos ante el mundo en que vive. Es una chica extraña, ambiciosa e inteligente, pero no puede evitar el hablar de hechos fantásticos, generalmente relacionados con una próxima boda suya. Ha estado prometida, sucesivamente, a un actor de Hollywood, a un príncipe hindú, a un conde italiano, a un terrateniente inglés, a un torero español y a un esquiador noruego. Esta semana le correspondía el turno al millonario californiano.

Lloyd tenía la mano bajo la barbilla y sus ojos estaban clavados en algún punto indefinido situado a espaldas de la muchacha. La voz de Kay llegaba hasta él, tierna y persuasiva, rica en matices, como correspondía a su profesión, y penetraba en sus oídos haciéndole reflexionar intensamente.

—La verdad es que ahora veo que no conozco demasiado a Vesta.

—¿Es muy antigua su amistad?

—Oh, sí. Se inició cuando ninguno de los dos éramos nada. Ella había nacido ambiciosa, y no tardamos en comprender que no podíamos ser la pareja ideal. Nos separamos con alguna violencia y cada cual tratamos de triunfar en nuestra especialidad. Yo he conseguido algún nombre con mi agencia, y ella, es también alguien en el mundo del espectáculo.

Bebieron café y luego, de pronto, Kay Weston interrogó:

—¿Ha renacido el antiguo fuego de las viejas cenizas?

—No.

Elliot volvió al mundo que le rodeaba, sorprendiendo en Kay una expresión de intenso anhelo.

—No, nunca. Vesta fue un deslumbramiento de juventud, un enigma que todavía no he resuelto. Ella me encargó de un trabajo, íntimamente relacionado con su boda con el millonario californiano, y ahora resulta que no existe tal millonario.

—No debe preocuparse más por todo eso. Es un asunto concluido.

Elliot sacudió la cabeza.

—No; no se ha terminado. No por el momento. Yo he investigado, y...

—¿Qué?

—Encontré cosas inesperadas y significativas. Vesta podría estar relacionándose con personas de pésimos antecedentes que la

llevasen a un final trágico.

—¿A qué se refiere?

Lloyd sacudió la cabeza.

—No estoy seguro de que deba decírselo.

Bebió su taza de café por completo y ella le imitó.

—He tenido mucho gusto en conocerle —declaró Kay, incorporándose.

El detective inclinó la cabeza a un lado.

—¿Va a marcharse?

—Así es.

—Pero no entra a trabajar hasta la noche.

—Debo hacer algunas compras.

—La llevaré en mi coche.

—Yo también tengo uno, gracias, no es necesario.

—A estas horas encontrará problemas de aparcamiento en todas partes. Si va en mi coche, yo daré vueltas con él mientras usted efectúa las compras, y la recogeré a la puerta de cada establecimiento.

Vaciló ella y Lloyd se incorporó también.

—Lamentaría haberla molestado con mis palabras, Kay. Es usted una de esas mujeres a las que no es posible olvidar fácilmente. ¿No podemos ser amigos?

Sonrió ella.

—Usted ha ganado..., con una condición: olvidémonos de los demás.

Quería decir que olvidasen a Vesta, y Lloyd asintió:

—De mil amores.

Al salir del restaurante, la tomó del brazo.

CAPÍTULO V

Estaba durmiendo profundamente en su apartamento anejo a la oficina cuando sonó estridente el timbre telefónico. Fue un agudo campanilleo que taladró el cráneo de Lloyd Elliot.

Alargó la mano mientras trataba de volver del sueño. Masticó algo amargo, restos de una resaca mal asimilada, y gruñó:

—¿Diga?

—Lloyd. ¿Eres tú?

Latía con ansiedad aquella voz pastosa y apagada.

—Sí. ¿Quién...? —recordó—. ¿Vesta?

—Hum. ¿Puedes atenderme, querido?

Se despidió por completo. La cólera acumulada en aquella mañana de investigación empezó a desbordarse:

—Escúchame, Vesta. Voy a decirte unas cuantas cosas que posiblemente no te haya dicho nadie desde nuestra última pelea, la que precedió a nuestra ruptura de relaciones. ¡Me has estado engañando y no estoy dispuesto a ser juguete tuyo! ¡De manera que Werner Jones! ¡Tú sabes realmente quién es..., y quizá el diablo sepa cuáles son tus sucios proyectos al mandar que lo buscase...!

Ella casi sollozó.

—Perdóname, querido, no hables una palabra más. Tengo prisa. De eso quiero hablarte, precisamente.

—¡Vete al infierno!

—¡No cuelgues! —había patetismo en aquella súplica—. No cuelgues y escúchame...

Elliot apoyó la espalda en la cabecera de la cama.

—Suelta lo que tengas que decir, pero sé breve. Estaba durmiendo y no mereces que pierda una gota de sueño.

Vesta debió aproximar más sus labios al microteléfono porque su voz sonó como un jadeo íntimo.

—Acabo de enterarme de la verdadera personalidad de Werner Jones. Me ha traído hasta una finca situada en White Plains. Voy a darte la dirección: Woolrich Terrace, dos mil trescientos cuatro. Está muy apartada de White Plains, y no hay edificaciones en los alrededores. Por favor, ven a buscarme.

—¿Te ha amenazado?

—No; al contrario, parece que trata de rehacer su vida conmigo. Pero no estoy dispuesta a ser cómplice... Tengo miedo.

—¿Cómplice en qué...? —recordó las palabras del teniente Davis

respecto al pasado de Doug Klein—. ¿Ha cometido algún delito?

—Ssssí.

—¿Cuál?

—No... Oigo pasos. Por favor, ven.

Al otro lado, Vesta colgó el auricular y Lloyd quedó con él en la mano, mirándolo estúpidamente, sin acabar de creer que no hubiera soñado la conversación.

Pero no cabía duda. La voz llena de ansiedad de Vesta parecía vibrar en el teléfono todavía, y Elliot había comprendido que aquella vez la bailarina acuática no hablaba con fantasías.

Saltó de la cama y se metió directamente en la ducha, primero caliente y después fría. Luego se friccionó intensamente y se vistió. Del cajón de la mesilla tomó una pistola que guardó en su bolsillo, y salió del apartamento.

Media hora después, conducía a toda velocidad hacia White Plains, pensando en todo lo que había ocurrido hasta entonces. La llamada de Vesta indicaba que estaba realmente asustada y que, a pesar de que Doug Klein le ofrecía mucho, no estaba dispuesta a vender su libertad haciéndose cómplice de un delito perpetrado por el *gangster* disfrazado de persona honorable.

Lo que había que considerar a partir de aquel momento, era la actitud que adoptaría Doug Klein ante aquella nueva faceta del problema. ¿Admitiría tranquilamente que Vesta y él, Lloyd Elliot, se marcharan poseyendo un secreto respecto a sus actividades como *gangster*? Las palabras de Vesta daban a entender que Doug Klein había cometido recientemente un delito del que ella no quería ser cómplice. Si eso era cierto, ¿qué haría Klein si ella trataba de abandonarle?

Un escalofrío recorrió su espalda. La respuesta era obvia.

Se palpó la pistola y, conduciendo con una mano, comprobó que tenía la carga completa y que estaba en buen uso. Quizá hubiera sido más sensato avisar a la policía, pero hacerlo equivalía a implicar en el problema a Vesta, con todas las consecuencias. Quizá a la muchacha le sería difícil justificar su inocencia ante la ley.

Decidió seguir adelante, pese a todo, y sumido en aquellos pensamientos llegó por fin a White Plains. Le costó algo encontrar Woolrich Terrace, pero al fin la halló sin pedir informes a nadie, y a partir de aquel momento todo consistió en buscar el número dos mil trescientos cuatro.

Se llegaba a la casa por un camino que serpenteaba a partir de la carretera principal. El edificio estaba situado tras una cortina de abedules plantados en hilera a un centenar de metros de la cuneta y que enmascaraban lo que pudiera suceder en los alrededores del edificio.

Con los faros apagados, siguió adelante, tratando de evitar todo ruido. En el piso superior había luz abundante y también en las ventanas situadas a ambos lados de la puerta principal.

Detuvo el coche a unos cincuenta metros de la casa, y descendió con la mano dentro del bolsillo, apresando la pistola. Sus pasos fueron amortiguados por el verde del prado.

Sin interrupciones, llegó al porche y aguardó, tenso, escuchando todos los rumores. En el suelo de grava, ante el soportal, había una ancha mancha de grasa, reciente, lo que probaba que había estado allí, hacía muy poco, un automóvil.

Al cabo de un par de minutos, se decidió. No partía ningún ruido del interior de la casa, ni música o voces.

Por un momento, pensó que se había equivocado de dirección, pero una placa en el porche le convenció de lo contrario. Allí estaban bien visibles los números y la dirección.

Se decidió y subió al porche. Luego se dirigió a la puerta y llamó con los nudillos.

Al primer golpe cedió, y la hoja de madera se abrió de par en par.

Tampoco se escuchó ruido alguno. Quizá era todo aquello una trampa propia de *gangster* para eliminar intrusos. Quizá aquellos pasos de que le habló Vesta eran los de Doug Klein, quien había escuchado la conversación telefónica...

De nada valían las consideraciones.

Decidido, entró.

No ocurrió nada en el iluminado vestíbulo. Con los músculos tensos, recorrió las habitaciones de la planta baja y no encontró a nadie. Luego subió la escalera principal hasta el otro piso y llamó:

—¡Vesta!

Nadie respondió. Al terminar de subir encontró frente a sí una puerta pintada de amarillo.

La empujó suavemente.

Sobre la alfombra, de bruces, con un cuchillo en la espalda, había un hombre, un cadáver.

Miró en torno antes de seguir adelante. La casa estaba muy bien amueblada, y las luces permanecían encendidas, como si fuera aguardada la visita de invitados, pero no había nadie allí, como si aquello se hubiera convertido en una tumba.

Cruzó el vano de la puerta y miró a ambos lados de la misma. El cuerpo caído era lo más importante de todo. Tenía entre los omoplatos un largo cuchillo de trinchar, con mango de bambú. La

sangre se había derramado copiosamente, y por la crispación de las manos, arañando la alfombra, comprendió Lloyd que aquel hombre había muerto.

Lo volvió a medias, lo justo para verle el rostro.

Reconoció al hombre de la foto, a Werner Jones, que figuraba en los ficheros policíacos con el nombre de Doug Klein, peligroso *gangster*, al que no había sido posible hacer pagar ni uno siquiera de sus numerosos y graves delitos.

Lo soltó suavemente y el cadáver ocupó su primitiva postura.

Lloyd se incorporó, humedeciéndose los labios. Doug Klein había sido asesinado y en aquella casa debía encontrarse también Vesta Deluca.

Precipitadamente registró el edificio desde el sótano al desván, sin hallar rastro de ella, como si nunca hubiera estado allí. Pero le constaba que Vesta le había pedido auxilio, y su ausencia sólo podía indicar dos cosas: o ella había asesinado a Doug Klein, o había huido asustada por las consecuencias del crimen del que pudo ser testigo.

En cualquiera de ambos casos, no tenía objeto seguir allí. En los bolsillos del cadáver no halló nada significativo y decidió marcharse.

Pero antes tenía que avisar a la policía.

Sobre una mesita, a dos pasos del cadáver, estaba el teléfono. Lloyd lo descolgó y pidió a la telefonista que le pusiera con el Departamento de Homicidios.

Tuvo que aguardar unos instantes, y fue entonces cuando vio sobre la primera hoja del block de notas, la siguiente indicación:

«Llamar a Ted Bernstein.»

Y luego el número del teléfono.

Arrancó la hoja, que guardó en su bolsillo, y en aquel instante oyó:

—Policía al habla. ¿Diga?

—Acudan a White Plains, Woolrich Terrace, dos mil trescientos cuatro. Encontrarán un cadáver.

Amanecía cuando se alejaba de Woolrich Terrace a toda velocidad. Tenía la mente confusa todavía, no por el hallazgo del cadáver en sí, sino por la participación que en el crimen pudiera tener Vesta.

Era todo demasiado nebuloso.

Realmente, debería comunicar al teniente Davis cuanto sabía,

pero no lo había hecho por ignorar la participación de la bailarina acuática, y el no haber dado su nombre en el momento de denunciar el crimen a la policía no había hecho sino dificultar las cosas.

Sacudió la cabeza, encendió un cigarrillo y pulsó el botón de la radio. Transmitían una música ligera, muy apta para vencer la somnolencia de la mañana. Aquellos compases intrascendentes liberaron su imaginación por unos minutos. Luego la música Cesó súbitamente.

—La Emisora NBA transmite a continuación su Boletín de Noticias.

Reconoció la voz. Era Kay Weston, fresca, juvenil, encantadora.

Prestó atención porque era agradable oír aquella voz amiga.

—La Policía continúa investigando el asalto cometido a las oficinas del Belmont Park, el célebre hipódromo, donde ayer tuvo lugar la carrera para el Premio Ciudad de Nueva York. Como se sabe, esta carrera había despertado un gran interés en los medios hípicos de nuestra ciudad, y las apuestas habían sido importantísimas. La totalidad de los ingresos fueron sustraídos por los asaltantes en un audaz golpe de mano que no tuvo testigo alguno. Al parecer, los ladrones conocían muy bien las dependencias del Belmont Park y se habían provisto, previamente, de llaves para todas las cerraduras, por lo que no tuvieron necesidad de violentar ninguna puerta. Incluso, los ladrones conocían la combinación de la Caja fuerte, y así los ingresos totales habidos en el día de ayer, y que según las últimas noticias ascienden a unos dos millones de dólares, fueron robados en unos pocos minutos, sin que los delincuentes dejaran señal alguna de su paso. Como les informamos en anteriores Boletines, el robo fue descubierto por los directivos del Belmont Park en el momento en que abrieron la Caja fuerte para hacer entrega a los representantes del Bank of New York de la importante suma de dinero para su custodia, en las primeras horas de la noche.

Lloyd frenó y prestó atención al aparato de radio, pero la voz de Kay dio lectura a otra noticia:

—En la Sede de las Naciones Unidas, el Representante norteamericano respondió a las acusaciones de...

Cerró el aparato y se apoyó en el volante.

Aquel era el delito del que no había querido ser cómplice Vesta.

Al cabo de unos minutos de meditación, volvió a manejar el vehículo y regresó a Nueva York por otra carretera.

CAPÍTULO VI

Llamó en el apartamento de Vesta, y tuvo que repetir la llamada antes de que oyera pasos al otro lado.

Kay Weston se le quedó mirando, una vez franqueada la puerta.

—¿Es que nunca voy a poder dormir?

Lloyd sacudió la cabeza.

—Perdona, necesitaba saber si Vesta ha regresado.

—No. Continúa sin dar señales de vida. Pero, ¿no te dijo que no te ocuparas más de ella?

Le hizo un gesto para que entrase y Elliot aceptó, desplomándose sobre un sofá.

—Han ocurrido muchas cosas desde que nos separamos anoche, Kay. Y muy graves.

Ella se envolvió mejor en su bata.

—Acababa de llegar a casa, querido, y todavía no me había acostado. Paso las noches trabajando, y...

—Eso quiere decir que debo marcharme —admitió Lloyd—. Soy un desconsiderado.

Se incorporó. Kay le miraba con expresión preocupada. No tenía su rostro síntomas de fatiga, aunque había estado trabajando por la noche.

—He estado escuchando tu voz por la Radio —dijo.

—¿Sí? ¿Has pasado la noche en blanco?

—A partir de la llamada de Vesta, sí.

—¿Ella te ha telefoneado?

—Me sacó del mejor de los sueños. Se encontraba sumamente asustada y me pidió auxilio. Le ocurría algo grave.

—¿El qué?

—Ayer se marchó con un antiguo pretendiente, Werner Jones.

—Le oí hablar de él, en tiempos.

—La llevó a una finca de White Plains, desde la que me llamó asustada.

—¿Qué ocurría?

—Yo acudí —prosiguió Lloyd—, y cuando llegué encontré la casa brillantemente iluminada y aparentemente vacía. La puerta estaba abierta y entré. ¿Sabes lo que encontré?

Kay se llevó una mano a la boca y abrió mucho los ojos, horrorizada por el presentimiento. Dio un paso atrás, al tiempo que jadeaba:

—No...

—Había un cadáver. Era Werner Jones y alguien le había metido en la espalda un cuchillo de trinchar, tomado del comedor.

Hubo un denso silencio.

—¿Y... Vesta?

—Ni rastro.

Kay se dejó caer en un sillón situado frente a Elliot.

—Es... horrible. ¿Lo ha matado ella?

—Lo ignoro. Pero eso no es todo, querida.

La locutora aguardó la siguiente noticia, clavando las esmaltadas uñas en los brazos del sillón.

—El verdadero nombre de Werner Jones era Doug Klein. ¿Te dice eso algo?

—Creo que...

—Era un famoso *gangster*. Vesta me llamó asustada porque no quería ser cómplice en un delito que Doug Klein acababa de cometer. Al parecer, él le ofreció una vida nueva a su lado, a cambio de enturbiar su conciencia con la certeza de aquel delito.

Kay estaba sentada muy rígida en el sillón, y mantenía los labios prietos e inalterables.

—Oí tu voz a través de la radio del coche, querida, dando lectura a una noticia en la que anunciabas el golpe de mano dado contra la Caja fuerte del Belmont Park.

Lloyd se encaminó a la mesita bar, y sirvió dos coñacs con pulso firme. Entregó una copa a la muchacha y bebió él la otra.

—Lo necesitas, después de esta revelación.

—¿Lo sabe... la Policía? —susurró ella.

—Todavía no. He preferido buscar antes a Vesta y oír de sus labios la versión de los hechos. Sólo entonces llamaré al teniente Davis para informarle por completo.

—¡Vesta no puede haber matado a Klein! Ella no tenía ese temperamento.

—Va a ser difícil convencer al fiscal de lo contrario. Vesta no es una asesina, pero cualquiera puede pensar que decidió disfrutar ella sola de esos dos millones largos, para lo cual sólo tuvo que abusar de la confianza que Doug Klein tenía en ella y clavar en la espalda de éste un largo y afilado cuchillo de trinchar. Su huida, y la desaparición del botín, hacen pensar en todo eso.

—¡Pero tú no puedes creer tal cosa, Lloyd!

—No lo creo, pero no se trata de lo que yo crea. Por eso necesito encontrar a Vesta y ver qué puede hacerse. No guardo mucha simpatía hacia ella, y sin embargo, no puedo desentenderme de su destino. Quizá ha sido siempre demasiado loca y es obligación nuestra tenderle una mano cuando lo precisa.

Kay se envolvió más en su bata.

—¿Qué podemos hacer?

—Encontrarla. ¿Tienes alguna idea del lugar en el que puede esconderse?

Guardó ella silencio por unos minutos.

—Ella hablaba a veces de un bungalow que había adquirido en una playa de Coney Island.

—¿Recuerdas la dirección?

—No; creo que nunca la mencionó. Pero es posible que tenga en alguna parte el título de propiedad del mismo.

Lloyd miró en torno.

—Siento interrumpir tu normal descanso, querida, pero necesito encontrar a Vesta.

Ella se incorporó decidida.

—Te ayudaré.

—Pero tú debes dormir.

—Puedo resistir. Empieza a buscar, mientras me visto de nuevo.

Desapareció en su dormitorio, y Lloyd se dirigió a un mueble situado en uno de los muros del *living*. Lo abrió y rebuscó en todos los cajones. Luego pasó al dormitorio, y en el fondo del armario encontró un sobre alargado, con membrete de un notario de Nueva York.

Kay entraba en el dormitorio, vestida de calle.

—Creo que lo he hallado, querida —anunció Lloyd.

Kay entró en el coche con un amplio bolso de viaje que situó junto a ella, al otro lado de Lloyd.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó éste mientras arrancaba.

—No tardarás en verlo, y... en disfrutarlo.

Abrió el bolso de cuero y aparecieron dos servilletas, una barra de pan inglés todavía envuelta en su bolsa, y un paquete de fiambres de todas clases. En la ojeada que Elliot echó, captó también la presencia de un termo, dos vasos, un cuchillo y una botella de whisky.

—Nuestro almuerzo —anunció la muchacha.

—Eres previsor.

—Una nunca sabe cuándo puede acabar una aventura al lado de un detective, y siempre es mejor disponer de alimentos.

Hábilmente preparó dos emparedados, y ofreció uno a Lloyd.

—Si llevas varias horas levantado, lo necesitas. Come.

—Me hará mejor efecto el contenido del termo, si es café como imagino.

—Lo es, pero primero cómete el emparedado. Justamente acababa de hacer café cuando pulsaste el timbre.

En silencio devoraron dos emparedados cada uno, y luego Kay sirvió café, sin detener la marcha del vehículo.

Cuando hubo cerrado el bolso, una vez recogido todo, pidió:

—Frena junto a la cuneta.

—¿Qué vas a hacer?

—Tomaré yo el volante. Estás cansado.

—No consentiré...

—Te he visto cerrar los ojos dos veces. Obedece. Yo no tengo sueño.

Obedeció él, y dos minutos más tarde dormía plácidamente recostado contra el hombro femenino, mientras la gentil muchacha conducía hábilmente el vehículo.

Despertó cuando en uno de los virajes el sol le dio de lleno en los ojos.

—Eh... ¿Por qué no me has despertado antes?

—Estamos llegando.

El detective miró por la ventanilla. Recorrían una carretera que bordeaba la costa. A la derecha se extendía la arena de una playa larguísima, sobre la que había numerosos bungalows de una sola planta.

El buen tiempo invitaba al baño, cosa que hacían numerosas personas que correteaban sobre la arena, tostándose bajo el sol y la brisa atlántica.

Kay señaló con la mano.

—El bungalow de Vesta debe encontrarse tras esa curva, a juzgar por la numeración.

Lloyd se atusó los cabellos y el coche giró por la curva. Los dos, al mirar hacia adelante, exclamaron al unísono:

—¡La Policía!

Un coche-patrulla y dos motoristas estaban detenidos ante un bungalow, y varios bañistas se habían estacionado en las proximidades, observando curiosamente los movimientos de la Policía.

—¡Pisa el acelerador, Kay, rápido! —ordenó el detective, al tiempo que echaba el ala del sombrero sobre sus ojos.

La muchacha obedeció, y pasó de largo ante el bungalow de Vesta, pero casi al instante ululó una sirena, y un motorista fue tras ellos, como el halcón tras su presa.

—No tenemos otro remedio que parar, querida —admitió Elliot.

Ella frenó, pegando el coche a un lado de la carretera, y el policía se detuvo junto a ellos.

—No les importa volver, ¿verdad? El teniente Davis quiere

hablar con ustedes.

Elliot hizo un gesto de resignación.

—No podemos desairar al teniente.

Kay Weston realizó limpiamente la maniobra y regresó hasta detenerse detrás del coche-patrulla.

El detective fue el primero en descender. En cuanto lo hizo, vio al teniente Davis, con el sombrero echado hacia la nuca y las manos en los bolsillos del pantalón, que charlaba con el segundo de los motoristas.

—Reconocí la matrícula de tu coche, Elliot, y tú no has querido detenerte al vernos. Es más, pisaste a fondo el acelerador. ¿Por qué, muchacho?

El motorista que les había dado caza se acercaba escoltando a Kay.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el detective, sin responder a la inquisición del policía.

Pero Davis tampoco le respondió, y en cambio miró críticamente a la muchacha.

—¿Tu cliente, Lloyd?

—No.

—¿Quién es?

—Se llama Kay Weston y es locutora de la NBA. Somos amigos.

—Vea si sus papeles coinciden, agente —ordenó el teniente, volviendo la espalda a Lloyd y encaminándose al bungalow. Este fue tras el policía, al que detuvo, cogiéndole por el codo.

—Óyeme, Hal, somos amigos, ¿no? ¿A qué viene esa reticencia que usas? Estás comportándote exactamente como he visto que lo hacías otras veces con gente indeseable.

—Quizá piense que me encuentro ahora ante esa clase de gente —declaró fríamente el teniente.

Los músculos faciales del muchacho se atirantaron.

—No sé a qué viene eso.

—¿De veras no lo sabes?

—No.

—¿Vas a decirme el nombre de tu cliente, Lloyd? ¿Quién es la amiga que te pidió averiguaras el paradero de Doug Klein?

Elliot se humedeció los labios, analizando rápidamente la situación.

—Vamos, responde —Davis le miraba desde su muralla de acero, como un reptil a un pajarillo.

—Vesta Deluca, la bailarina acuá...

—Lo sospechaba —cortó Davis, sin dejarle continuar.

—Bien, ahora que lo sabes, ¿podemos continuar nuestro paseo matinal?

Davis inclinó la cabeza sobre su hombro derecho.

—Mírame bien, Lloyd.

—Sí.

—Obsérvame fijamente, con atención, utiliza tu ojo clínico, tu astucia de sabueso con licencia. ¿Qué ves?

—No me gustan los acertijos.

—Este sí te gusta. ¿Ves en mí rastro alguno de debilidad mental? ¿Presento síntomas de meningitis o de estupidez progresiva?

El muchacho apretó los puños.

—¡Rayos, Hal, estás intratable!

—Oh, sí, estoy intratable porque no me muestro propicio a creermte tus mentiras. ¿Es eso?

Se miraron ambos fijamente, como dos gallos de pelea a punto de lanzarse el uno sobre el otro.

Luego Davis proyectó su índice hacia adelante hasta chocar contra el corazón de Elliot.

—Óyeme bien, aficionado, ¿vas a decirme que pasabas por aquí casualmente...?

—Yo...

Le sujetó de pronto por las solapas, rudamente. La amistad se había pulverizado entre ellos.

—¿Pretendes hacerme creer que ignorabas que este es el bungalow de Vesta Deluca?

Lloyd comprendió que el teniente sabía mucho más de lo que él suponía, y ello le hacía terriblemente peligroso.

En lugar de responder, el muchacho preguntó:

—¿Qué ocurre ahí dentro?

Le soltó Davis y echó a andar, seguido de Elliot. Ambos entraron en el bungalow que constaba de dos únicas piezas: un amplio *living*, someramente amueblado, y un dormitorio. Sobre la mesa del *living* había un maletín con las iniciales V. D., en plata. Estaba abierto y de él salía una *negligeé* blanca, con una gran mancha de sangre.

—Sólo esto, Lloyd. Vesta Deluca se ha manchado de sangre en algún lugar. ¿Adivinas dónde?

—Si tuviera la facilidad de adivinar algo, me dedicaría a jugar en el hipódromo.

—No tiene gracia —le espetó el policía.

Luego se recostó en la esquina de la mesa y cruzó los brazos ante el pecho.

—Te doy una oportunidad para sincerarte, muchacho. Una sola. Habla claro y rápido. Tengo buena memoria y si en este momento no me dices algo fundamental lo recordaré toda la vida, y no me detendré hasta quitarte la licencia y encerrarte. Habla, Lloyd y olvídate de que somos amigos.

El rostro del policía estaba asombrosamente duro. Elliot conocía a Davis y sabía que resultaba implacable. Le había visto actuar demasiadas veces para poderse engañar respecto a él, y no le cabía duda de que llegaría hasta el final, pasando por encima de quien se interpusiera en su camino.

—Voy a apelar a tu amistad una sola vez, Hal, una sola. Respóndeme a esta pregunta y te lo diré todo.

—¿Por qué esa condición? ¿Acaso para reservarte algo, según sea mi respuesta una u otra?

El detective le apretó el brazo, enfáticamente.

—Dime, ¿cómo has encontrado este bungalow tan pronto?

La mirada glacial del teniente fue inexpresiva, y en su rostro sólo se movieron los labios para decir:

—Estás sondeándome para ver cuánto sé, ¿no? —Lloyd no tuvo oportunidad de responder porque Davis añadió casi seguido—: Te daré ventajas, muchacho. Vengo de la finca de Doug Klein, y él estaba muerto, asesinado. En su carnet de notas figuraba una inscripción. Decía «Vesta», y debajo la dirección del bungalow. Inmediatamente recordé que en tiempos hubo en tu vida una cierta Vesta, cuyo nombre se me quedó grabado por lo exótico, y comprendí inmediatamente que ella era tu cliente. Por eso vine a todo gas, pero sólo encontré el maletín, y dentro toda esa sangre. Y ahora te toca el turno.

Elliot se dijo que no valía la pena seguir ocultando nada, puesto que el teniente lo sabía todo. Lentamente sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno. Luego le contó lo ocurrido con Vesta y la razón por la que le había encargado la búsqueda de Doug Klein, en su personalidad de Werner Jones.

—Esta noche me llamó muy excitada. Tenía miedo. Había descubierto quién era en realidad Werner Jones y quería huir, aunque no se atrevía, por miedo a las represalias. Por eso me pidió que acudiera a la finca de White Plains.

—Y acudiste.

—Sí, pero sólo encontré a Doug Klein con el cuchillo en la espalda.

—Y nos llamaste.

—Sí. Inmediatamente. Pude haberme callado y no lo hice. No quise entorpecer vuestra labor.

—Pero no nos aguardaste, y en lugar de eso has estado buscando a Vesta. La encontraste y la mandaste hacia acá, y ahora venías a recogerla, ¿no? O la tienes escondida en algún lugar y sólo pretendías recoger este maletín. ¿Cierto?

—No soy capaz de hacer eso.

—Sí por una mujer, especialmente por una mujer como Vesta.

He visto fotos tuyas, y he oído qué clase de espectáculo ofrece en el «Edén».

—No estás en lo cierto. Quería encontrar a esa chica, desde luego, para averiguar lo ocurrido, pero no la he encontrado; ni en su casa, ni por supuesto, en el bungalow.

—Temo no poder creerte.

—¿Por qué había de mentirte?

—Por una mujer.

—No me interesa ella en ese aspecto. Lo nuestro acabó.

—Los hechos dicen otra cosa.

—Hay algo que se llama lealtad, Hal. Tenía que hacer algo por esa muchacha.

—No hurtarla a la investigación de la Policía.

—¡No lo he hecho, palabra! Ojalá la hubiera encontrado.

—¿Sí?

—Ahora sabría algo importante. ¡Vesta tuvo que ver al asesino o a los asesinos! Por eso huyó.

—¿Quieres darme a entender que si se oculta es por miedo a que silencien su boca?

—Naturalmente. No me cabe otra idea.

—¿Cuál es la razón de que haya escapado de nosotros? Su maletín aquí, admitiendo tu teoría, indica que huyó precipitadamente al vernos llegar. ¿Por qué?

—Habría pensado que no tiene forma de demostrar su inocencia.

—Huyendo lo ha complicado todo.

Elliot sujetó a su amigo de los hombros.

—¿Me crees, Hal?

—No.

Se apartó y fue a la puerta.

Fuera estaban los dos motoristas con Kay, y los ocupantes del coche-patrulla, aguardándoles. También había un círculo de curiosos, prudentemente situados a cierta distancia.

—¿Me creerás si te digo algo muy importante, teniente?

—¿Es que no me lo has dicho todo?

Su gesto era colérico.

—En su llamada, Vesta me habló de que Doug Klein acababa de cometer un delito grave, del que ella no quería ser cómplice. ¿Supones a qué se refería?

—Prefiero que me lo digas.

—No lo mencionó ella, pero poco después la radio transmitió la noticia del robo en Belmont Park. Eso es importante, ¿no?

—Lloyd Elliot —la voz del teniente era terriblemente impersonal—. Dame tu licencia.

—¡Eh! ¿Qué es lo que pretendes?

—Voy a retirarte provisionalmente la licencia. Bebería conducirte a la Comisaría y encerrarte, pero no lo haré todavía. En lugar de eso, clausurarás la agencia y suspenderás toda labor investigadora. Un agente irá contigo hasta tu casa, donde permanecerás confinado bajo palabra de honor. No te moverás de allí, aguardando mis instrucciones, y si no obedeces daré orden de arresto contra ti. Y ahora, dame la licencia.

Tendió su mano y Elliot, prietos los labios, la entregó.

—No se puede jugar con la ley, aunque hayas gozado de mi amistad.

El teniente guardó la licencia y luego salió. Inmediatamente entró un agente que vigiló a Lloyd para que no tocara nada del bungalow, y cuando éste salió, oyó que el motorista informaba al teniente:

—Ella lleva los documentos en regla.

Davis asintió y se dirigió al coche. Habló con uno de los agentes de paisano que fue al encuentro de Elliot. Kay se aproximó a Lloyd.

—¿Algo malo?

—Me ha quitado la licencia.

La muchacha musitó:

—Lo siento.

El agente estaba ante ellos.

—Debo acompañarle hasta su domicilio, señor Elliot.

Este asintió.

—No le haré esperar. Vamos.

Tomó a Kay del brazo y entraron en el coche. El policía ocupó un asiento en la parte posterior y Elliot se alejó del bungalow.

Por el camino no hablaron mucho, sin embargo, Lloyd informó a la muchacha de su situación y concluyó:

—Creo que no podré hacer nada por Vesta. Estoy fuera de combate.

Cuando llegaron a la casa de Lloyd, éste se volvió hacia el policía.

—Aquí es.

—Lo sé. Suba y aguarde noticias del teniente. Mientras, acompañaré a la señorita a su casa. Imagino que el teniente ya estará allí, deseando echar una ojeada al apartamento que comparte la señorita con Vesta Deluca.

—¿También saben eso?

Kay informó:

—Lo dije yo cuando me interrogaron.

El muchacho bajó del vehículo.

—Pueden llevarse mi coche. No lo necesitaré.

El agente se puso tras el volante.

—Gracias. Muy amable por su parte.

El coche se perdió entre el tránsito, pero Lloyd no entró en el edificio.

En la Guía Telefónica, Lloyd buscó el nombre de Bernstein, y no tardó en hallarlo. Ted Bernstein, abogado. Su número coincidía con el que había anotado Doug Klein en el block, en su finca de White Plains.

Un taxi le llevó hasta el edificio donde tenía instalado el abogado su despacho, y ordenó al taxista que le aguardara mientras entraba en un teléfono público, desde el que se veía la entrada del edificio.

Una secretaria preguntó por su identidad, y él se limitó a responder:

—Es muy urgente, dese prisa.

Unos segundos después, se oyó la voz cauta del abogado.

—¿Quién llama?

—¿Hablo con Ted Bernstein?

—Sí. Pero, ¿con quién tengo el gusto...?

—Me envía Doug Klein.

Noté un respingo al otro lado del hilo.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Lo ha oído muy bien. Necesito hablar con usted.

—¿Para qué?

—Tengo algo muy importante que decirle.

—No le conozco a usted.

—Eso no importa. Lo que interesa es lo que tengo que decirle.

—Bien, le escucho.

—No así; no por teléfono.

—Bueno, le aguardo en mi despacho. Estaré hasta la noche.

—Escuche, Bernstein —su voz fue seca y autoritaria—, no puedo ir hasta ahí, no le conviene a usted tampoco. No sé si me siguen, y de todas formas prefiero entrevistarme con usted en un lugar donde nadie pueda sacar peligrosas deducciones si nos ven juntos.

—¿Cree que estoy loco? No acudiré a ninguna cita.

—Le conviene hacerlo, Bernstein. Recuerde a Doug.

—¡No mencione ese nombre!

—¿Bien? ¿Está dispuesto a colaborar?

Dudó el abogado al otro lado, pero acabó cediendo.

—¿Qué quiere que haga? —aceptó al fin.

—Tiene el coche a la puerta, ¿verdad?

—Sí.

—Monte en él, solo, y diríjase hacia Queens. Yo le saldré al encuentro en cualquier momento. ¿Cuál es la matrícula de su coche?

Bernstein la dijo y Lloyd tomó nota.

De regreso al taxi, indicó el muchacho:

—Aguardaremos todavía unos minutos.

Había localizado el coche del abogado, un «Lincoln» azul y blanco pegado al bordillo de la acera.

No tuvieron que esperar mucho. Un hombre de edad madura, cabello entrecano y traje marrón, salió del edificio y entró en el vehículo, arrancando suavemente, no sin mirar a su alrededor.

Lloyd ordenó al taxista:

—Siga ese «Lincoln» hasta el fin del mundo, si es preciso, pero no se acerque demasiado.

El chofer no demostró extrañeza alguna, porque debía estar acostumbrado a encargos como aquel. Hábilmente siguió la misma ruta que el coche del abogado, y siempre a prudencial distancia cruzaron el Hudson, internándose en el barrio de Queens.

Se veía claramente que el «Lincoln» azul estaba desorientado, ya que en todos los cruces se demoraba más de lo preciso, y su ocupante miraba en torno, esperando ver aparecer al que le había citado tan extrañamente.

Lloyd ordenó al chofer del taxi:

—Póngase delante del Lincoln y frene de forma que él también se vea obligado a hacerlo. Justo el tiempo que yo tarde en acercarme a él. Tome quince dólares, y gracias por el servicio.

El taxista recogió los billetes, sonriéndole ampliamente. La carrera costaba hasta aquel momento sólo siete dólares con cincuenta centavos, por lo que la propina era regia.

—Gracias, señor.

El vehículo realizó la maniobra y el «Lincoln» se detuvo con chirrido de frenos.

Lloyd saltó y en dos zancadas llegó al coche del abogado, cuya portezuela delantera abrió.

—¿Bernstein?

El abogado miró escrutadoramente al muchacho, y el aire escapó de entre sus labios, como una liberación. Quizá había estado pensando en los últimos minutos que aquella cita era una trampa peligrosa para él.

Elliot subió y cerró la portezuela.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? —preguntó el amigo de Doug Klein.

—Sigamos adelante.

—¡Tendrá que ser aquí!

Lloyd metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y aquel simple gesto pareció convencer al picapleitos.

—¿Qué dirección tomo?

—Es preferible que vayamos a un lugar solitario. Diríjase hacia la carretera costera.

Casi media hora después, el «Lincoln» se detuvo en un ramal solitario, oculto por la vegetación.

Bernstein resopló:

—Voy cansándome de este juego.

Elliot abrió la portezuela del lado del abogado y ordenó:

—Baje.

El hizo lo propio y rodeó el vehículo hasta situarse ante Bernstein.

—Tengo que darle una noticia, abogado. Doug Klein ha muerto.

Miraba a los ojos del picapleitos, y notó de pronto en ellos un ramalazo de miedo y horror. Era evidente que no conocía la noticia, ya que la Policía no la había divulgado.

—Eso... no es cierto.

El detective sacó un paquete de cigarrillos y prendió fuego a uno.

—Yo mismo encontré su cadáver. Asesinado.

—¿Quién...?

—Eso mismo deseo saber.

—¿Por qué viene a mí? ¿Quién es usted? ¿Policía?

—Justamente la Policía anda persiguiéndome.

—Yo me voy. No tengo por qué verme complicado en esto.

Quiso volver al coche, pero Lloyd le sujetó del brazo. El abogado debía esperar algo parecido, porque se revolvió como una centella, con el puño en alto dirigido a su mandíbula.

El muchacho se ladeó, esquivando el golpe, y dejó caer el canto de la mano en los riñones del picapleitos. Este gritó y cayó de bruces sobre el capó del coche, pero Lloyd no le dejó recuperarse y le volvió en redondo, sujetándole de la pechera, al tiempo que le abofeteaba con la otra mano.

—Es difícil que muestre demasiadas consideraciones con usted, Bernstein, de modo que es mucho mejor que hable claro.

—¡Suélteme!

Lo arrojó contra la estructura del coche, que se balanceó, y el leguleyo quedó derrumbado contra la ventanilla, recuperando fuerzas.

—Sé todo lo referente a Doug, y es mucho mejor que trate de colaborar, ahora que él está muerto. ¿Dónde guardaron el producto del robo?

—¿Qué robo?

—El cometido anoche en el Belmont Park. ¿Cree que no lo sé? Doug dio el golpe y usted le ayudó.

—¡No es cierto eso! Yo no intervine. Jamás lo hago.

—Pero usted asesora.

—Sólo soy un abogado que responde a las preguntas de índole legal que me plantean mis clientes.

—Es decir, que se dedica a buscar los huecos que existen en la malla de la ley. Bien, Bernstein, ¿cuántos intervinieron en el robo?

—¿Dice que Doug ha muerto?

—Sí.

—¿Cómo sé que es cierto?

—Lo encontré en su finca de White Plains, con un cuchillo en la espalda. Si no me cree, pregunte a la Policía.

—¿Quién es usted?

Lloyd miró largamente a su interlocutor.

—Voy a poner mis cartas sobre la mesa, abogado, pero si usted no hace lo propio le conduciré ahora mismo al Departamento de Homicidios.

—¿No ha dicho que le persigue la Policía?

—Quizá he exagerado demasiado. No he cometido ningún delito, y mi única falta es la de haber jugado por mi cuenta, sin acordarme de la Policía. Me llamo Lloyd Elliot, y soy detective. Necesito encontrar al tipo que mató a Doug.

—¿Por qué?

—Para salvar a una persona inocente.

—¿De quién se trata?

—Una mujer. ¿Va a colaborar?

—No sé nada.

—Mire, abogado, usted conoce los asuntos de la Policía tan bien como yo. Si le llevo a presencia del teniente Davis, usted será expulsado del Colegio de Abogados y acusado de complicidad en los delitos de un *gangster*.

—¿Con qué testimonio?

—Con el mío. Y con las pruebas que la Policía hallará en su despacho. Lo primero que hará el teniente en cuanto le eche la vista encima, será, presentarse en su despacho con una orden de registro... y usted sabe cuántos asuntos sucios encontrará en sus archivos.

—Y si hablo, usted me llevará ante el fiscal para defender a su cliente.

—Sólo busco al asesino de Doug. Lo demás, no me interesa.

Reflexionó Bernstein durante unos segundos, y al final asintió.

—De acuerdo, pero no sé en qué puedo ayudarle. Hace tres días que no sé nada de Doug. Convinimos en que me llamaría anoche,

pero no lo hizo.

—¿Con qué objeto tenía que llamarle?

—Si todo salía bien, me telefonaría para que yo acudiese a su finca de White Plains a fin de crear una buena coartada. Con mi testimonio y el de una chica que llevaría, nada podría hacerse contra él, caso de que alguien pudiera sospechar.

—Y usted dice que no fue a White Plains.

—No. ¿Defiende usted a la chica de Doug?

—¿La conoce?

—No me dijo su nombre.

—¿Dónde pasó la noche?

—En mi casa.

—¿Sin testigos?

—No podía tenerlos, pues aguardaba la llamada de Doug.

—Que no se produjo.

—No.

—¿Y no fue usted directamente a White Plains, sin aguardar más, preocupado por la falta de noticias?

—No me arriesgo tontamente.

—Usted es un hombre ambicioso, ¿verdad, abogado?

—¿Qué quiere decir?

—Se me está ocurriendo una idea. ¿No fue usted a White Plains, antes de la llegada de Doug, y mató a éste para apoderarse del botín?

La frente del abogado se ensombreció.

—¿Qué tontería está diciendo?

—¿No lo hizo?

—¡Claro que no!

—¿Cómo voy a creerle?

—¡No tengo pruebas, pero debe confiar en mi palabra!

—En la Caja fuerte del Belmont Park había más de dos millones. Hasta para un abogado tan precavido como usted, es mucho dinero.

—¡Le juro que no estuve en White Plains!

—Pero alguien estuvo, ¿no? ¡El cuchillo no entró solo en la espalda de Doug Klein!

—¡Yo no lo manejé, ni sé lo que pudo ocurrir allí!

Parecía decir la verdad y su frente sudaba. Lloyd sabía que estaba diciendo la verdad porque, de haber asesinado a Klein, habría arrancado la hoja del block con su nombre y teléfono, que le relacionaba con el *gangster*, y que la policía hubiera encontrado inmediatamente.

—¿Quiénes ayudaron a Klein a llevar a cabo el asalto?

—Lo hizo él solo. No quiso colaboración de ninguna clase... ¡Aguarde...! Quizá fueron ellos...

—¿Ellos?

Con un amplio pañuelo, Bernstein limpió su frente del sudor que la cubría.

—Doug rompió sus relaciones con un grupo que le ayudó al principio.

—¿Qué clase de ayuda?

—No lo sé muy bien, pero tengo entendido que Doug y ellos concibieron la idea de efectuar ese robo.

—¿Y bien?

—Ellos le facilitaron algo, quizá modelos de llaves, o algo por el estilo.

—Continúe.

—Bueno, pues no sé más, salvo que súbitamente Doug discutió por algo y desapareció de la circulación para evitar represalias.

El detective asintió. Aquello encajaba.

—Ahora sólo faltan los nombres.

Bernstein cabeceó, negando.

—No los sé.

—Hasta ahora ha ido todo muy bien, abogado. ¿Por qué estropearlo al final?

—¡Maldita sea, le estoy diciendo la verdad! ¿No comprende que no puedo ampararlos porque han matado a Doug para robarle? Ellos se llevaron el botín... y en él tenía yo una parte.

—Pero tiene que haber algún procedimiento para identificar a esos antiguos amigos de Doug Klein. No puedo creer que usted no lo sepa. Era su amigo y consejero.

—Hace veinte años comenzamos nuestros negocios, y siempre fuimos leales el uno para el otro. Me gustaría cooperar en el castigo de los que le mataron, pero no sé nada respecto a ellos. Doug no me lo dijo. Era reservado, y estoy seguro de que a ellos tampoco les habló de mí.

—Los hechos encajan, efectivamente —admitió Lloyd—, pero falta lo principal. Doug Klein robó el Belmont Park y se fue con el dinero a su finca de White Plains, pero sus antiguos socios le encontraron por fin y le mataron para robarle. Todo parece lógico, y si supiéramos el nombre de alguno...

Bernstein parecía decidido a colaborar.

—Espere, creo recordar...

—¡Vamos!

—Sí, creo que sí. Doug utilizaba un enlace para ponerse de acuerdo con sus socios. Una tarde me insinuó algo al respecto.

—¿Qué enlace?

—Una mujer.

—Ya adelantamos algo. Haga memoria.

Bernstein se estrujó la frente.

—Sí; una chica bien parecida. La vi una vez en su compañía y cuando le pregunté por ella me dijo lo del enlace. Tenía un buen tipo y se lo hice notar. El me respondió que las modelos siempre lo tienen. Pero no me dio el nombre.

El corazón dio un vuelco dentro del pecho del detective.

—Voy a enseñarle una foto, Bernstein. Dígame si es ella.

Y sacó la foto sustraída del domicilio de Klein. El abogado golpeó la foto con el índice.

—¡Ella es, vaya! ¡Claro que sí! ¿La conoce usted?

El muchacho asintió y guardó la foto.

—Me ha hecho un buen servicio y se ha portado bien, abogado. Lo tendré en cuenta.

—¿Me da su palabra de no mezclarme en esto?

—Sólo me interesa el asesino de Doug, se lo dije antes. El resto es cosa de la Policía.

Bernstein inhaló aire.

—¿Podemos... podemos regresar?

Lloyd abrió la portezuela y entró en el «Lincoln».

—De prisa.

CAPÍTULO VIII

El taxi le dejó ante el treinta y siete de la calle Sullivan, en Greenwich Village, y Elliot saltó a la acera. Nada más hacerlo, vio a los adolescentes que el día anterior habían curioseado en su coche y avisado a los patronos de Amy King.

Se fue directo hacia ellos.

—Estáis practicando un juego peligroso, muchachos. Cuando hay un gran robo y mucha sangre de por medio, el trabajo de información se torna peligroso y la Policía se muestra particularmente dura.

—¿Pretende asustarnos? —preguntó un pelirrojo, sin variar su postura lánguida, pegado al muro.

—Os estoy dando un aviso. El teniente Hal Davis del Departamento de Homicidios, tendrá noticias vuestras.

Ellos intercambiaron una mirada.

—Sigue sin causarnos la más mínima impresión. ¿De qué diablos está hablando?

Lloyd les volvió la espalda y subió a la pensión donde se alojaba Amy King. Empujó la puerta y vio al instante a la dueña.

—Quiero ver a Amy King.

La patrona movió la cabeza.

—Va a serle difícil: no está.

—¿Cuándo volverá?

—Nunca. Se despidió. Tomó sus cosas, pagó la cuenta y se fue.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Ayer tarde.

—¿No sabe su nueva dirección?

—No.

—Pero la correspondencia que reciba aquí, tendrá que ser reexpedida a algún sitio.

—No me dijo nada al respecto.

Lloyd miró la cerrada puerta del cuarto de la bailarina que hacía piernas cuando estuvo allí la otra vez.

—Quizá alguien lo sepa.

Empujó la puerta. La bailarina estaba tensándose las medias y al oír el ruido volvió la cabeza.

Enarcó las cejas al reconocerle y dejó caer la falda.

—¿Qué significa...?

—Habaremos un instante, si no le importa.

La dueña de la pensión se precipitó tras él.

—¡Eh! ¡No consiento visitas masculinas en las habitaciones de las chicas! —protestó, tratando de sacarlo fuera.

Pero Lloyd se desasíó y la empujó al pasillo, cerrando la puerta.

Quedó frente a la bailarina, taladrándola con la mirada.

—No sé si se da cuenta de lo difícil de su situación, muchacha.

—¡Salga de aquí!

—Si lo hago, llamaré a la Policía.

Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Policía?

Toda ella tembló bajo el vestido que modelaba su cuerpo golosamente.

—Sí.

—¿Qué tiene que ver...?

—Estoy investigando un crimen y un robo. Usted, ha sido cómplice.

—¿Yo? ¡Oh, no!

—Es estúpido perder el tiempo, muñeca. Cuando estuve ayer aquí, le faltó tiempo para avisar a su amiga Amy King.

—¡Eso no es un delito! ¡Tenía que hacerle saber que un detective andaba husmeando en su vida!

—Eso está muy bien, cuando no hay mucha sangre en el asunto.

—¿Ha sido asesinada Amy?

—Algo peor.

—No irá a decirme que ella ha hecho algo malo.

—¿Por qué no? Le va a ser difícil salir de este lío.

—¡No es posible! Amy es una buena chica.

—Pero está demasiado enredada con unos *gangsters*, y, por lo mismo, lo está usted. Creo que voy a avisar al Departamento de Homicidios para que vengan a recogerla. Ellos sabrán hacerla hablar.

La bailarina había perdido toda su seguridad, y se mantenía en pie sólo mediante un gran esfuerzo. De sus mejillas había huido el color, y sus labios temblaban.

—No tengo nada que ver en los asuntos de Amy... Se lo juro... Yo pensé que ella... ¡Usted no puede llamar la atención de la Policía sobre mí!

—¿Por qué piensa que no lo haré? Usted me traicionó ayer, impidiéndome, por culpa de su aviso, hablar con Amy, y ahora se niega a colaborar. No soy ningún filántropo, señorita, no la protegeré a usted.

Se volvió para salir de la habitación, pero antes de posar la mano en el tirador de la puerta, la bailarina corrió a su lado para detenerle.

Le sujetó firmemente. Lloyd se volvió para encontrarse con el tembloroso cuerpo femenino, palpitando a una pulgada del suyo. Las mejillas pálidas y los bellos ojos llorosos, no podían ser menospreciados, y aguardó.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó ella, ansiosamente.

—Dígame dónde está Amy.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. De veras le digo que no lo sé. ¡Tiene que creerme!

—Ella es su amiga y no puedo admitir que se haya marchado sin darle ninguna dirección.

—Dijo que me avisaría cuando estuviera instalada.

—¿Qué la impulsó a cambiar de alojamiento?

—Dijo que le venía muy lejos éste para su trabajo.

—Pero usted no lo creyó.

—Pensé que había otro motivo.

—¿Cuál?

—La encontré asustada.

—¿No sospecha el motivo de su estado de nervios?

—Hay algo raro en su vida. Decía que era modelo para fotografías publicitarios, y hace mucho tiempo que no he visto una foto suya, ni un solo anuncio. En cambio tenía mucho dinero.

—¿Algún hombre en su vida?

—Siempre los ha habido, pero no definitivos.

—¿En ese caso...?

—No sé. Pero si usted dice que estaba relacionada con *gangsters*...

—Nos estamos desviando de la cuestión. Lo que yo necesito saber es su actual paradero.

La bailarina se estrujó las manos.

—Sólo sé el domicilio de sus padres, donde ella vivía antes de venir a Nueva York.

—¿Sí? Dígamelo —con el lápiz en ristre aguardó la información que ella no tardó en proporcionar—. Al final fue usted sensata.

—No mencionará mi nombre a la Policía, ¿verdad?

—Si me ha dicho la verdad, no.

Abandonó la habitación y pasó ante la airada patrona, bajando a la calle. Los adolescentes habían desaparecido y Lloyd entró directo en el taxi, dando la dirección de la calle doce, donde estaban situadas las oficinas de la «Harvey & Brown Ltd.».

Fue madurando su idea por el camino. Los eslabones de aquella cadena iban uniéndose entre sí sólidamente. Amy King había sido el enlace entre Doug Klein y los socios de éste. Doug pretendió jugar las cartas por su cuenta, y lo hizo, pero sus amigos le dieron caza implacablemente. Después de aquello, la deducción era sencilla: le

habían matado sus antiguos socios, los que utilizaban a la modelo Amy King como enlace. Por tanto, si encontraba a Amy, hallaba también a los asesinos de Doug Klein. ¿Y quiénes protegían a Amy de la curiosidad de un detective infatigable?

Se reclinó más cómodamente en el asiento y entrecerró los ojos. Estaba fatigado y sabía que el tiempo era su peor enemigo. El teniente Davis habría comprobado su huida, y habría dado orden a todos sus hombres para cazarlo. Las consecuencias no podían ser más dramáticas: posiblemente perdería definitivamente su licencia, y sólo si conseguía entregar los autores del asesinato a Davis, podría esperar alguna clemencia de éste.

El taxi se detuvo ante un semáforo de la calle doce, y el conductor le dijo:

—No sé si le interesará ser seguido, señor, pero se lo comunico por si no es así.

Elliot saltó en el asiento.

—¿Nos siguen?

—Vea ese «Chevrolet» con la pintura cuarteada. Nos viene pisando desde Greenwich Village.

Lloyd volvió el rostro y vio el coche que indicaba el taxista. El vehículo se detuvo junto a la acera y saltó un mozalbete que reconoció al instante como uno de los tres que habían registrado su coche. Inmediatamente el muchacho se perdió entre la masa humana que ocupaba la acera, y en aquel instante cambiaron las luces y el taxista arrancó.

Había cinco o seis hileras de coches entre el taxi y el «Chevrolet» perseguidor, por lo que no pudo ver quién iba al volante, pero sí advirtió que continuaba tras ellos.

—¿Le interesa que lo perdamos? —preguntó el conductor—. Tengo especialidad en despistarme.

—Prefiero darle un escarmiento. Continúe hasta el doscientos veinte.

El chofer se encogió de hombros y siguió adelante hasta detenerse frente al edificio deseado. Elliot le dio un billete y saltó a la acera, retrocediendo a la carrera.

El «Chevrolet» se detuvo también, aunque demasiado cerca y Lloyd llegó a él antes de que el conductor del mismo se percatara.

De un manotazo abrió la portezuela y, antes de que el joven conductor adivinara lo que iba a suceder, alargó su brazo rematado en duro puño.

El golpe fue violento. La nariz del jovenzuelo pareció descomponerse y la cabeza golpeó contra d parabrisas contrario. Un grito de dolor surgió de la garganta del espía, que quedó inmóvil, aterrado, mirando con espantó, por vez primera, al detective,

incapaz de intentar una agresión o una defensa.

—Esto es una lección, mocito.

El otro gorgoteó algo, y un hilo de sangre le resbaló de las fosas nasales.

—No es nada grave, pero la sangre resulta aparatosa. ¿Por cuenta de quién me estabais siguiendo?

Entró en el «Chevrolet» desvencijado y ocupó asiento junto al muchacho.

—Yo... No sé...

—He visto descender a un compañero tuyo en el último paso de peatones. ¿A dónde iba?

—Tenía que llamar por teléfono.

—¿A quién?

—Lo ignoro.

—¿Qué era eso tan urgente que tenía que decir?

—La posición de usted: el lugar al que parecía dirigirse.

—Y no sabes para quién trabajáis, ¿eh?

—Oh, claro que no.

—Está bien, haz que se mueva este cacharro y encamínalo a la sede de la Policía.

—¿Por qué? ¡No he hecho nada malo!

—Se lo dirás al teniente, guarda tus excusas para entonces.

—¿Es usted policía?

—No, pero como si lo fuera. Ya visteis mi tarjeta de identidad: soy detective, y debo decirte que estoy investigando un caso de robo con asesinato. Y vosotros sois cómplices.

—¡Le juro que...!

—Sí; ya sé. No conocéis al jefe. Él os paga y os da las órdenes por teléfono, ¿verdad?

—Así es. Un día alguien me llamó a casa, proponiéndome una pequeña ocupación: solamente tenía que vigilar una casa, y dentro de esa casa, a una persona, e informar a diario de lo que hacía esa persona y las visitas que recibía.

—¿Quién era esa persona?

—Amy King.

—Continúa.

—Por realizar ese servicio, percibiría trescientos mensuales, y debía buscar otros dos amigos que estuvieran dispuestos a hacer lo mismo con idéntico sueldo.

—¿Y bien?

—Eso es todo. ¿Me cree?

—No.

El aturdido joven sacó una sobada cartera y de ella un sobre al que estaba adherida todavía la estampilla.

—¡Véalo! Hoy mismo lo he recibido. Va dirigido a mi nombre y... tengo el dinero completo todavía.

Examinó Lloyd el sobre. Estaba escrito a máquina, y el matasellos tenía fecha del día anterior. No había remite ni indicación alguna de procedencia. Sólo el nombre de Alex Young, y su dirección.

—Tú eres éste.

—Sí. Vea mi documentación.

La mostró con dedos temblorosos. Toda su entereza y la despectiva seguridad de que él y sus amigos habían hecho gala, quedaban pulverizadas y convertidas en nada.

—Así que no tienes idea de la identidad de la persona para la que trabajáis.

—No. Sólo poseemos un número de teléfono.

—Que vas a decirme.

Young vaciló, pero estaba demasiado asustado. Por vez primera, había comprendido que aquello era algo más que un juego propio de adolescentes desocupados. Con un pañuelo, no muy limpio, se cubrió la nariz y cabeceó, afirmativamente.

Lloyd tomó nota y saltó a la acera.

—Regresa a tu casa y no se te ocurra volver a las andadas, o acabarás en un Cuartelillo de la Policía. No juguéis a chicos malos. Pensad en vuestras madres... y en que tenéis derecho a una vida limpia y honorable. Posiblemente algún día me agradecerás ese puñetazo que acabo de darte.

Cerró de un portazo y se dirigió a la entrada del edificio donde tenían las oficinas «Harvey & Brown».

El pelirrojo del ascensor parecía estar leyendo la misma revista del día anterior, o una similar. Al verle chasqueó la lengua.

—Si viene por lo mismo de ayer, pierde el tiempo.

Elliot le miró con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Usted preguntó ayer por esa modelo de tipo apunto para una gran portada, ¿no? Trabajaba para la «Harvey & Brown Ltd.», pero algo ha debido sucederles, porque han cerrado las oficinas y han clausurado el negocio. El local está disponible para ser alquilado de nuevo.

El detective se quitó el sombrero y abanicóse con él.

—¿Qué razón dieron para tan precipitada marcha?

—Ninguna. El señor Grossmann, que es el Administrador, puso el grito en el cielo apelando a una cláusula del contrato que establece la obligatoriedad de un preaviso de treinta días, pero ellos no discutieron y pagaron un mes más de alquiler, diciéndole que se diera por avisado. Así, claro, las cosas cambiaban.

—¿Y qué han hecho de todo lo que tenían ahí dentro?

—No debía ser gran cosa, cuando se llevaron sólo dos maletas. Elliot balanceó la cabeza, reflexivamente. Todo coincidía.

—¿Qué dirección dieron?

—Ninguna.

—¿Y la correspondencia?

—Eso les preguntó el señor Grossmann, pero ellos respondieron que no esperaban carta de nadie.

—Así, ¿se han esfumado todos?

—Por completo, señor. ¿No le parece extraño? Yo digo que ha quebrado su Compañía y no quieren dar la cara ante los accionistas.

Lloyd asintió.

—Debe haber ocurrido algo así. Gracias. ¿Hay un teléfono público por aquí?

—La tercera puerta, en este mismo pasillo, es una cabina.

El detective siguió aquella indicación, y se encontró dentro de la cabina, ante el teléfono. Metió una ficha en la ranura y marcó el número del teniente Davis.

—¿Quién? —la voz áspera del policía retumbó en su tímpano.

—¿Hal?

Notó la crispación de su amigo al escuchar su voz.

—¡Lloyd! ¿Dónde estás? ¿Te has vuelto loco? ¡Has abusado de mi confianza y te has burlado de mí! ¿Crees que estás interpretando una película? ¡Te encerraré en cuanto te ponga la mano encima, maldito seas!

—Frena tu indignación, teniente. Estoy detrás del asesino de Doug Klein.

—¡No eres policía y no te autorizo...!

—Si no me dejas hablar, colgaré y te quedarás sin la información que estoy dispuesto a facilitarte.

—¡No puedes seguir así! —chilló Davis—. Todos mis hombres están detrás de ti para cazarte, y en cuanto lo consigas...

—Escucha esto, teniente: Doug Klein cometió el robo del Belmont Park, haciendo traición a unos socios con los que tenía que repartir el botín. Estos le dieron caza y le mataron, despojándole del dinero.

—¿Quiénes son?

—No tengo pruebas, pero harías bien investigando en el pasado de Peter Brown y de Stock Harvey. Ambos tenían una oficina en el doscientos veinte de la calle doce, pero la han clausurado y han desaparecido. Busca también a una modelo que trabajaba para ellos y que se llama Amy King. Ella te informará.

—¿Cómo has averiguado todo esto?

—Algún día te lo explicaré.

—Oye, muchacho, no seas loco. Ven a mi despacho por tu propia voluntad y trataré de que lo tuyo sea lo más leve posible.

—No puedo, teniente. He de buscar al asesino.

—¿Por qué?

—Eso probará la inocencia de Vesta Deluca, y me cargará de mérito para recobrar mi licencia.

La voz del policía sonó más aguda.

—Tengo una proposición mejor, Lloyd, yo...

—Soy perro viejo, teniente, y sé que estás dándome largas para localizar mi teléfono, pero te diré que es público y que... voy a colgar. ¡Hasta la vista!

Apretó la palanca y salió de la cabina. El ascensorista continuaba a la puerta de la gran caja metálica y le sonrió al pasar junto a él.

Una vez en la calle, se dirigió al borde de la acera para llamar un taxi, pero en aquel instante vio un coche crema, último modelo, que se acercaba a donde estaba él.

—¡Eh, Lloyd! ¿No quieres subir?

CAPÍTULO IX

El gordo Leslie Nelson le sonreía asomando parte del rostro por la ventanilla del lujoso vehículo.

Elliot comprobó que iba solo, y rápido entró en el coche, dando un profundo suspiro.

—Has aparecido providencialmente, Leslie. Estoy en un apuro.

—Lo sé.

El detective miró a su amigo, mientras éste aceleraba.

—¿Lo sabes?

—¿Ignoras que soy periodista? Vengo del *Mirror*, donde he escuchado una curiosa historia a uno de los reporteros de sucesos. ¿Crees que es buen asunto andar perseguido por la policía?

—No; evidentemente, no lo es —se acomodó mejor y sacó un paquete de cigarrillos, que ofreció al redactor hípico. Luego él prendió otro y se relajó—. ¿Puedes ayudarme, Leslie?

—¿En qué forma?

—Tú sabes que voy huido.

—Sí, aunque ignoro los motivos.

—No he hecho nada malo, salvo sustraer informaciones a la policía.

—Eso es mucho peor que cometer un crimen: no te lo perdonarán.

—Si logro echar el guante al autor de unos delitos y recupero el dinero robado en el Belmont Park, es seguro que tendrán que rendirme pleitesía, o contaré mi historia a los periodistas.

—Es una gran idea. ¿Qué puedo hacer?

—Van estrechando el cerco en torno mío, y me van cerrando todas las salidas. Si no ando con cuidado, acabarán conmigo antes de que llegue al final.

—Tendrás vigilada tu casa, imagino.

—Debería estar en ella, en confinación voluntaria, pero no lo he hecho.

Leslie torció la cabeza para mirarle atentamente, con una chispa intencionada en sus ojos.

—¿Vas a pedirme asilo en mi apartamento?

Lloyd expelió una bocanada de humo.

—Comprendo que es demasiado, déjalo. Si la policía me hallase a tu lado, tendrías dificultades.

—Esa es una gran verdad —admitió el gordo experto en carreras

de caballos.

El coche rodó suavemente durante unos minutos, por entre el tráfico neoyorquino del atardecer. Elliot se frotó el estómago notándolo vacío. En todo el día sólo había comido los emparedados que la previsión de Kay había dispuesto aquella mañana.

—Estoy hambriento. Si esto dura demasiado, acabaré destrozado de inanición.

Leslie separó las manos del volante, se encogió de hombros y volvió a dejarlas caer sobre la dirección con gesto resignado.

—Está bien, muchacho. Vamos a casa.

—Oh, no. No puedo consentir...

—Déjate de tonterías. La policía no sabrá nunca que te refugiaste allí.

Torció por la primera calle, y apretó el acelerador hasta el máximo permitido, resueltamente.

—Es muy noble tu gesto y me da la medida de tu amistad, Leslie, pero es demasiado.

—No se hable más. Tú sabes que soy un solterón empedernido y que vivo solo. Nadie será testigo de tu visita.

Poco después entraban en el apartamento del redactor hípico del *Mirror*. Leslie pasó directo a la cocina y abrió una enorme nevera.

—Selecciona tú mismo el menú, Lloyd. Mientras, me lavaré un poco.

El detective quedó maravillado ante el contenido del frigorífico. Por unos instantes, su estómago se estremeció a la vista de tan succulentos alimentos y velozmente dispuso una copiosa comida.

Leslie regresó poco después y sonrió al ver al detective.

—Cualquiera diría que te has pasado media vida ayunando —bromeó.

—¿Tomarás tú algo?

—Beberé un combinado. ¿No crees que ya estoy demasiado grueso?

Elliot ocupó un sitio en la mesa de la cocina, y se dispuso a dar buena cuenta de la comida. Leslie, en la puerta, con un vaso en la mano, le miró con aire complacido.



El golpe fue violento.

Cuando el detective hubo terminado, se incorporó vacilante.

—Nunca devoré como hoy.

El redactor del *Mirror* lanzó una risotada y le palmeó la espalda.

—Vamos al salón y tomaremos unas copas mientras fumamos.

Tienes que contarme muchas cosas.

Sepultado en un butacón, Lloyd entrecerró los ojos para despistar mejor el sabor de un buen coñac que Leslie le sirvió.

—Antes has hablado de recuperar el dinero robado en el Belmont Park, muchacho. ¿En serio estás trabajando en eso?

—Sí.

—¿Cómo es posible que sepas algo de ese atraco?

—¿Recuerdas aquella foto que te mostré para identificar el lugar donde había sido hecha?

—¿La de Amy King?

—Exacto. Ella está complicada en el asunto.

—¿Qué pruebas tienes?

—Era amiga de Doug Klein, el famoso *gangster*, a quien acompañaba en aquella foto. Servía de enlace entre éste y unos socios que Doug tenía.

—¿Socios?

—Para llevar a cabo el asalto al Belmont Park. Ellos le facilitaron las llaves, posiblemente, para entrar en las oficinas del hipódromo sin necesidad de realizar ninguna fractura.

—¿Cómo has averiguado tanto?

—Supe que Doug Klein había robado el Belmont Park, o lo sospeché, gracias a una llamada que me hizo mi cliente.

—¿El que te pidió averiguaras el paradero del hombre de la foto?

—Una mujer.

—¿Qué tenía ella que ver...?

—Acompañaba a Doug Klein, sin saber su verdadera personalidad. Él debió confiarle lo que había hecho y ella tuvo miedo de seguir adelante y me pidió que la sacara de la finca en que estaban, en White Plains.

—¿Lo hiciste?

—Cuando llegué, Doug Klein estaba muerto y la mujer había huido, sin duda asustada porque había visto a los asesinos.

—¿Y lo de Amy King?

—Hablé con un amigo de Klein, que recordó la relación que existía entre el *gangster* y la modelo, que ella servía de enlace. Muy complicado todo, como ves.

Leslie se incorporó.

—Y tú quieres demostrar la inocencia de tu cliente.

—Sí.

—Una tarea difícil para llevarla a cabo tú solo. Claro que si le hubieras dicho algo a la policía...

—Unos segundos antes de encontrarte, comuniqué con el teniente Davis, y se lo dije todo. En estos momentos estará buscando a Amy King.

Leslie Nelson se incorporó y sirvió más coñac en las copas.

—Vaya. Trabaja rápido. ¿Tienes alguna esperanza de encontrar a Amy King?

—Conozco la dirección donde vivía antes de venir a Nueva York.

Apostaría algo a que se ha dirigido a allí, para dejar pasar la efervescencia del atraco.

—¿Y tu cliente...? La has apartado del camino de la policía, ¿no?

—Ignoro dónde está.

—¿Me dices la verdad, Lloyd? —se encogió de hombros—. Bueno, ese es un secreto tuyo.

—Ella desapareció por temor a correr la misma suerte que Doug Klein. Es una chica inteligente y sabe que ella no correrá mejor suerte, habiendo identificado a los asesinos.

Elliot sentía que el cansancio dominaba su cuerpo, y que poco a poco iba hundiéndose en la somnolencia.

Su amigo le palmeó el hombro.

—Te veo muy cansado, muchacho. ¿Quieres acostarte?

—Si lo hiciera, creo que dormiría una semana seguida. Daré sólo una cabezada: lo justo para espabilarme.

Leslie rió amistoso.

—Como quieras, pero estarías mejor en la cama. Apagaré algunas luces.

La grata penumbra no tardó en convertirse en completa oscuridad.

Cuando despertó, tenía la cabeza pesada y la boca seca. Durante unos segundos se dio fricciones en el cuello, entumecido por la mala postura, y luego, de pronto, miró su reloj.

¡Pasaba de la media noche!

Saltó como impulsado por un resorte y corrió a la abierta puerta del dormitorio de Leslie.

Este se hallaba dentro de la cama, embutido en su pijama, y estaba leyendo un libro.

—¡Deberías haberme despertado, Leslie! —reprochó malhumorado—. ¡Han pasado varias horas desde que me dormí!

—Traté de hacerlo un par de veces, pero estabas demasiado dormido y pensé que valía más que te repusieras un poco. Estás agotado...

Lloyd se pasó la mano por la cabeza.

—¡Maldita sea!

Volvió a mirar el reloj. Eran las doce y diez, y momentáneamente tenía la cabeza vacía de ideas.

Parado delante de su amigo, luchaba contra la fatiga que entorpecía su natural lucidez.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Tengo que encontrar a Vesta.

—¿Vesta?

Elliot vio el teléfono situado sobre la mesilla del dormitorio de su amigo.

—Mi cliente. ¿Puedo usarlo? —y señaló el aparato.

—Cuida cómo lo haces, Lloyd. El lugar al que llamas puede tener la línea intervenida y descubrirse que telefoneas desde aquí. No quisiera verme sometido a un interrogatorio.

Desolado, Elliot volvió el auricular a su horquilla.

—Tienes razón. Será mejor que lo haga desde un teléfono público.

Pero Nelson no le permitió salir. Saltó de la cama, y le sujetó del brazo.

—Aguarda. Lo haré yo por ti —levantó el auricular y miró interrogadoramente a su amigo—: ¿Qué número?

—¿Dónde tienes la guía? He de buscar el número de la Emisora NBA.

El propio Leslie abrió el cajón de la mesilla y sacó el grueso tomo de la guía telefónica para buscar el número. Por fin lo halló y lo marcó en el disco.

—¿Por quién he de preguntar?

—Por Kay Weston, es una de las locutoras de servicio. Es una buena amiga y compañera de apartamento de Vesta. Dile que llamas por indicación mía y que te diga si tiene alguna información que transmitirme. Quizá Vesta ha logrado comunicar con ella.

Nelson, descalzo sobre la alfombra y dentro del pijama que no podía contener sus grasas, ofrecía un ridículo aspecto, como un tonel rebosante de grasa.

Pidió por la locutora, y cuando la tuvo al otro lado del hilo, dijo cautamente:

—Señorita, le llamo por encargo de su amigo, usted sabe a quién me refiero, ¿no?

Kay suspiró al otro lado.

—¡Oh, por fin!

—¿Cree usted que alguien nos escucha?

—No; no lo creo probable. ¿Puede ponerse él?

—Ahora mismo.

Traspasó el auricular a Lloyd, que llamó:

—¿Dime, querida?

—¡Oh, qué nerviosa me has tenido! ¿Qué ha sucedido? Ha sido éste un día horrible, aguardando noticias tuyas.

—No quise llamarte al apartamento por temor a que fuese localizada la llamada.

—Hiciste bien. Está el teléfono intervenido. He sabido de Vesta.

—¿Sí?

—Me llamó hace cosa de una hora. Dijo que precisaba comunicarse contigo urgentemente.

—¿Dónde está?

—De doce a doce y media se encontrará en Rockland, en la Estación de Servicio «Three Stars», donde estará tomando un emparedado.

—Estación de Servicio «Three Stars», en Rockland —repitió Elliot, al tiempo que tomaba nota—. De acuerdo, pero no podré llegar antes de las doce y media. Lo siento. ¿Y si la telefonease?

—Es la única posibilidad, porque, si llega esa hora y no la has encontrado, se marchará. Está... asustada.

—¿Cómo va a viajar a estas horas?

—Tiene coche.

—De acuerdo, nena. Cuídate y no des lugar a que la policía pueda molestarte.

—Te prometo ser juiciosa; pero, por favor, no me tengas en vilo tanto tiempo.

—Te llamaré en cuanto pueda.

—Y cuídate también tú. Este es un asunto muy serio.

—Un beso.

Colgó y se volvió hacia Leslie.

—Estoy llegando al final. No te importa que siga usando el teléfono, ¿verdad?

Pidió comunicación con Rockland, y allí le pusieron con la Estación de Servicio indicada por Kay.

—¿Estación «Three Stars»? Oiga, creo que hay ahí, en el bar, una señora morena, muy hermosa, tomando un emparedado. Por favor, ¿quiere decirle que se ponga al aparato? Está aguardándome.

—Un momento, por favor.

Un minuto después, la voz pastosa de Vesta preguntaba recelosa:

—¿Quién llama?

—Lloyd.

El aire silbó al salir de la garganta femenina.

—Querido...

—¿Sí?

—¿No vienes?

—Acabo de saber que estás ahí. No puedo llegar antes de las doce y media.

—Por favor...

—Saldré ahora mismo, pero tardaré casi una hora, depende del tráfico. ¿Podrás esperar?

—No sé... ¡Tengo tanto miedo!

—¿A quién?

—A ellos.

—¿Los identificaste?

—Vi sus rostros, y los reconocería.

—Eso está bien; procura no olvidarlos porque será muy necesario que los identifiques. Y ahora, no temas. Serénate y aguarda.

—Lloyd, Lloyd... Deseo tenerte a mi lado. Fue horrible.

—Sí, querida. ¿No vas a demostrarme tu serenidad?

—No... sé.

—Doug robó el Belmont Park, ¿no?

—Sí.

—Y luego llegaron ellos y le mataron, llevándose el botín.

—Sí. Había también una mujer.

—¿Una mujer?

—Una pelirroja.

—Quizá la de la foto. ¿Por qué huiste?

—Cuando vi lo que habían hecho... Sólo pensé en marcharme, pero me precipité en salir de mi escondite, y ellos, que estaban registrando la casa, me vieron. Dispararon y... sólo tuve tiempo de llegar al garaje y tomar uno de los coches de Doug.

—Te llevaste tu maletín.

—No quería dejar rastro detrás de mí...

—Y fuiste a tu «bungalow».

—Pero la policía llegó poco después, y apenas tuve tiempo de montar en el coche y escapar. ¡Tengo miedo, Lloyd! Ellos me persiguen. He visto su coche dos veces, dando vueltas por los lugares donde yo estaba.

—Iré inmediatamente. Aguárdame allí: y, si te vieras en peligro, no vaciles en llamar a la Policía.

Resuelto, Elliot devolvió el auricular al aparato. Leslie metió el volumen de la guía en el cajón, y ofreció:

—Puedes llevarte mi coche.

—Oh, no.

—Tú sabes que no puedes llegar a Rockland por otro procedimiento en tan corto espacio de tiempo. Y alquilar un taxi siempre es peligroso porque los taxistas tienen buena memoria.

Le ofreció el llavero y Elliot lo tomó, con una sonrisa.

—Hay favores que no se pueden pagar, Leslie.

Como una centella, salió del apartamento de su amigo, y minutos después corría como un loco, en dirección a Rockland.

CAPÍTULO X

Le faltaban quince millas para llegar a Rockland, y abrió el aparato de radio, sintonizando con la NBA. Deseaba oír la voz de Kay.

Transmitían el Boletín de Noticias. Kay dio la predicción del tiempo, que se presentaba estable para el resto de la noche, y al terminar, anunció el locutor:

—Atención, última noticia de sucesos. Ha sido hallado en la carretera de Nueva York a Albany, el cuerpo de una mujer que presentaba varias heridas, mortales, producidas por arma de fuego. En el bolso de la víctima, fueron hallados documentos a nombre de Amy King. Inmediatamente de hallado el cadáver se personó en el lugar del hallazgo un coche-patrulla de la Policía, que...

Lloyd no pudo seguir escuchando. La muerte de Amy King le hizo apretar con más fuerza el volante, al tiempo que un sudor frío resbalaba por su frente. Aquello sólo podía significar una cosa: había sido asesinada para silenciar su boca.

Apretó más el acelerador, y la aguja del cuentamillas rozó el noventa. El magnífico coche de Leslie Nelson parecía deslizarse a ras del suelo, sin rozar los neumáticos la cinta asfaltada, en dirección a Rockland.

La distancia que le separaba del pueblo fue recorrida en un tiempo récord, y al volver una curva vio ante él las tres estrellas en neón, bien visibles en la noche, que anunciaba la Estación de Servicio.

Frenó ante uno de los surtidores de gasolina, y descendió a toda velocidad, pasando ante el sorprendido empleado de servicio, en dirección al bar.

Entró a la carrera y miró en torno. Había media docena de conductores de camiones, acodados al mostrador, y un camarero situado tras la barra, sirviendo los pedidos.

Pero no había rastro de Vesta.

Todos se volvieron a mirarle en cuanto apareció. El mozo del bar arrugó la frente al verle, y Elliot se encaró con él.

—¿Dónde está?

—¿Por quién pregunta, señor?

—La mujer morena que...

—¿Fue usted el que llamó por teléfono, verdad? Lo siento. Se marchó precipitadamente.

—¿Qué dice?

—Fue poco después de llamar usted —todos los conductores le observaban críticamente—. Parecía nerviosa o... No sé. El caso es que miró por el ventanal y vio fuera un coche que se detenía. Precipitadamente me dejó un billete y se marchó por la puerta posterior, como una loca. No me dio tiempo siquiera a preguntarle qué le sucedía...

—¿Y qué ocurrió?

—Un minuto después entraron aquí los ocupantes del coche que ella había visto.

—¿Cómo eran?

—Uno era alto, rubio, con ojos grises, lo que se dice un galán, y el otro recordaba a un tanque, macizo y pesado, con el pelo cortado en forma de cepillo.

Lloyd recordó a Peter Brown y Stock Harvey.

—¿Y la mujer?

—Es lista. Dio vuelta al edificio y corrió hacia su coche, en el que montó y desapareció antes de que esos hombres se dieran cuenta. Pero el chirrido de los neumáticos les hizo volverse y entonces salieron tras ella, a la carrera.

—¿Qué dirección tomaron?

—Hacia West Point.

Lloyd se volvió hacia la puerta.

—Gracias.

—Eh, oiga. ¿Sucedó algo malo?

Elliot se detuvo un instante.

—Van a matar a esa mujer. Llame a la Policía.

Salió antes de ver el gesto de estupor del *barman*. Por un momento, los que se hallaban en el bar quedaron inmóviles, demasiado asombrados para intentar una reacción. Sólo cuando se escuchó el rugido del motor manejado por Elliot, el camarero corrió al teléfono y operó precipitadamente.

—¿Oficina de Policía?

Mientras, Lloyd apretaba el acelerador al máximo por la carretera que conducía a West Point. Los puntos luminosos de los faros de los coches que venían en dirección contraria, eran como largos dedos que punzaban en sus ojos deslumbrados. Era una temeridad correr a tal velocidad por aquella carretera, pero lo hacía impulsado por el miedo de no llegar a tiempo. Ellos, Peter Brown y Stock Harvey, seguían muy de cerca a Vesta, y no había sobre la tierra poder alguno que impidiera el crimen que intentaban cometer como no fuese él mismo, debido a su rapidez.

Una idea persistente se había engendrado en su cerebro, torturándole, pero era demasiado la tensión que debía mantener al

volante para dedicar cumplida atención a la misma.

Los neumáticos chirriaron al tomar una curva sobre dos ruedas, y de pronto vio los puntos luminosos de un parachoques, centelleando al dar sobre ellos la luz de sus faros.

Pisó el freno y el coche se detuvo a un lado de la carretera, a escasos metros del lugar donde había visto el reflejo rojizo.

Un coche estaba escondido entre los matorrales de su derecha.

Rápido, buscó en el departamento del salpicadero y halló una linterna. Con ella en la mano, saltó la cuneta y corrió hacia la oscura masa del coche apenas entrevisto.

El bruñido de la carrocería destelló bajo el cono de luz. Los cristales le devolvieron el reflejo de la antorcha, y apresuró el paso.

Parecía un coche vacío, pero intuía lo que iba a encontrar dentro.

Abrió la portezuela.

A pesar de todo sintió un nudo en la garganta, como si una mano helada estrujara su cuello, ahogándole. Los dedos que sujetaban la manilla de la portezuela se tensaron coléricamente y tuvo que morderse los labios para no gritar.

Vesta había caído sobre su espalda. Le habían disparado desde la posición en que se encontraba él, a través de la ventanilla, y ella había caído hacia atrás hasta reposar sobre el largo asiento. Sobre el lado izquierdo de su pecho había una gran mancha roja que afeaba su vestido. A pesar de ello, sin embargo, no parecía muerta. Uno podía creer, más bien, que estuviera dormida, descuidadamente tendida sobre el asiento, mostrando la plenitud de su cuerpo en un escorzo difícil y tentador.

—No he llegado a tiempo...

Alargó la mano y ordenó las ropas femeninas de forma que no quedara al descubierto su cuerpo. Tenía la piel tibia y por un instante esperó inútilmente un movimiento de ella, que no se produjo.

—Yo te prometo que los conduciré a la silla eléctrica...

Un crujido a su espalda le sobresaltó, y al instante oyó un voz bronca, impía:

—¿Con quién diablos está hablando, Stock?

—¡Desvíe esa linterna o disparo! —gritó Peter Brown.

Elliot apretó los labios y bajó unos centímetros el cono de luz.

—Por fin los encuentro.

—Oh, sí.

—¿Era... necesario matarla?

—Sabía demasiado.

Lloyd se removió, pero la pistola que empuñaba el rubio Harvey le siguió.

—Quieto, mejor que no cometa tonterías.

—Haga lo que haga conozco el final, ¿no es eso?

El gordo Brown dejó escapar un chirrido de su garganta.

—¡Rayos, el fulano es listo!

Harvey apretó los labios.

—Le hubiera valido más seguir los consejos de la policía, amigo.

—Si me hubiera quedado en casa, todo habría sido más fácil, ¿no?

—En efecto. Pero así... Ya ve lo que ha conseguido. Usted es el último de la lista.

—Y después a disfrutar del botín.

—Sí.

—Pero la policía sabe muchas cosas.

—No sabe nada. No hay testigos. Amy King no podré declarar. Vesta Deluca, tampoco, y en cuanto a usted...

—Eso es cierto. Pero la policía tiene el brazo largo.

—No tanto que pueda hacer imposibles. En cuanto apriete este gatillo, se habrán cerrado todas las pistas.

Elliot asintió.

—Han trabajado ustedes bien. Se han movido rápidos, muy rápidos. Siempre han ido por delante de mí.

—Tenemos medios de información.

—Oh, sí, ya he pensado en ello. Muy buenos medios de información. Un condenado caso éste —chasqueó los labios—. Mucha gente complicada y nadie dispuesto a decir la verdad.

—La verdad es peligrosa.

—Parece un título de una novela. ¿Han pensado que la policía buscará a Peter Brown y Stock Harvey, consocios de la «Harvey & Brown Ltd.»?

—Esa compañía ha sido disuelta... y esos nombres son falsos.

Peter Brown masculló una maldición:

—Despáchalo de una vez, Stock, maldita sea. ¿No ves que está haciéndonos perder el tiempo? ¡El aguarda algo!

El rubio Harvey mostró una doble hilera de perfectos dientes.

—¿Qué crees que puede hacer?

—¡No lo sé, pero no me gusta! ¡Aprieta el gatillo de una condenada vez!

Harvey se encogió de hombros.

—Ya ve lo que pide mi amigo.

—Tendrá que darle gusto, ya veo.

El rubio alzó unos milímetros el cañón de la pistola, apuntando al centro del pecho de Lloyd, y en aquel preciso instante ululó, muy lejos, una sirena.

—¡La policía! —exclamó Elliot, triunfal.

Levantó la linterna y enfocó a los ojos de ambos asesinos. Brown profirió una palabrota y Harvey alzó el brazo para protegerse los ojos.

Iba a disparar, y el detective se dio cuenta de que apretaría el gatillo, guiado sólo por la luz de la linterna. La apagó y saltó de lado, varias veces.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Las balas sacudieron la carrocería del coche, atravesando el espacio que ocupaba un segundo antes el muchacho.

Este cayó de costado, sobre la hierba, y su cuerpo no hizo ruido. Su diestra buscó en el bolsillo la pistola y antes de que los otros pudieran huir o matarle, encendió de nuevo la linterna y empezó a disparar.

Los dos asesinos quedaron iluminados por la antorcha y sus cuerpos se estremecieron al recibir las balas. Lloyd los vio caer y se aproximó a ellos con precauciones, mientras oía cada vez más próximo el siniestro sonido de las sirenas.

Harvey y su compañero estaban sólo heridos y tendrían oportunidad de rendir cuentas a la justicia. De una patada les arrebató las pistolas y luego corrió hacia su coche.

Montó en él cuando los coches de la policía estaban a punto de dar la vuelta por la última curva. Sin encender los faros, puso el vehículo en marcha y arrancó a la máxima velocidad.

Cuando los coches-patrulla aparecieron en el lugar de la pelea, él había quedado oculto a la vista de ellos por la nueva curva de la carretera.

Tenía todavía algo que hacer, algo que no admitía espera.

En su bolsillo, la pistola todavía caliente parecía pedir una nueva intervención.

CAPÍTULO XI

Pulsó el zumbador de la puerta, y casi dos minutos después ésta fue abierta por un Leslie Nelson despeinado y con aspecto soñoliento.

—¿De vuelta ya? Has sido rápido.

—Lamento sacarte de la cama, pero quería devolverte el coche.

—No corría prisa. Hasta mañana no lo utilizaré.

—Mañana es hoy, Leslie. Son casi las cuatro.

—Tienes razón. ¿No entras?

—Sí.

Lo hizo, y su gordo amigo se rascó el estómago y bostezó ruidosamente.

—Puedes ocupar el diván para dormir unas horas. Lloyd. Y si tienes hambre, ya sabes dónde está la cocina.

—Gracias, querido gordo. Pero mi cuerpo está perfecto en estos momentos. Tengo una euforia bastante grande: he llegado al final.

—¿Qué dices?

—El caso que me ocupa está solucionado. Los asesinos de Doug Klein han caído en manos de la policía.

—¿Sí? —Leslie no consiguió contener otro bostezo.

—Únicamente siento que no llegué a tiempo de evitar el final de Vesta.

—¿Ha... muerto?

—Sí.

—Pobre chica. No la conocía, pero debía ser una real hembra. O no se habría exhibido en el «Edén». ¿No vas a contarme lo que ocurrió?

Lloyd se dejó caer en un sillón.

—Fui a Rockland, pero ella se había marchado de la Estación de Servicio, perseguida de cerca por esos asesinos. Fui en la dirección que me indicaron y encontré el coche de ella, y a Vesta, dentro, muerta. En esto aparecieron los que la habían matado, y hablamos algo, justo el tiempo suficiente para distraerlos y poder ganarles por la mano. Ahora tienen una bala en el cuerpo cada uno, y además están en manos de la policía. Ellos hablarán.

—¿Qué es lo que tienen que hablar...?

—El nombre de su jefe, de la persona que ha estado transmitiéndoles órdenes continuamente.

Leslie puso las manos en las caderas.

—¿Quieres decir que hay un tercer hombre?

Elliot asintió.

—Alguien muy bien informado, muy bien situado, muy hábil para aparentar algo distinto de lo que es en realidad. Un hombre cuya posición le ha permitido saber todos mis secretos.

—Eso es curioso.

Lloyd se repantigó más.

—Un poco tarde me he dado cuenta, pero al fin he visto claro.

—¿Y... no vas a capturarlo?

—Claro. Pero esa es una labor de la policía. Antes de venir aquí, he llamado a mi amigo el teniente Davis y le he dado instrucciones. Él llevará a cabo el trabajo.

Leslie Nelson ofreció:

—¿No quieres una copa, muchacho?

—No; ah, se me olvida decírtelo. Esa chica, Amy King, también ha muerto.

—¿Amy? —el gordo redactor hípico se pasó la mano por la frente—. Pobre chica. No será fácil que la olvide: me dio mucha felicidad.

—La vida es triste, Leslie. Y éste ha sido un caso condenadamente maldito. Ha habido traiciones, ruindades, crímenes, un gran robo... El fiscal va a volverse loco con tantos encartados. Claro que tirando suavemente del hilo podrá devanar el ovillo completo. Por ejemplo esos chicos de Greenwich Village. Eran tres y tenían por misión vigilar las visitas de Amy. Cuando yo fui a su casa la última vez, ellos me siguieron en su desvencijado coche y fueron quedándose por el camino para telefonear a su jefe y darle cuenta de mis movimientos. Claro que al fin cacé al último de ellos y le arranqué el número de teléfono al que llamaban. Y justo unos minutos después te encontré y me trajiste a tu casa.

Nelson sacudió la cabeza.

—Casi no has hecho pausas en tu parrafada. Lloyd, y mi nombre aparecer junto a los hechos de esos adolescentes.

Elliot se incorporó y fue hasta la mesita del bar. Lentamente, se sirvió un cóctel.

—No ha sido casualidad, Leslie Nelson.

Se volvió. Los ojillos de su amigo se habían hundido en sus anchas mejillas.

—¿Qué dices?

Lloyd bebió el licor.

—Hay una cosa que me ha dolido en el alma, Leslie. Mucho más que la posibilidad de perder la licencia, o la muerte de esas chicas a las que no me unía nada afectivo. Pero hay algo que llevo clavado en el corazón y que tardaré tiempo en olvidar.

—¿Te encuentras mal, muchacho?

—Sólo me ocurre que tengo deseos de vomitar todo mi asco. Y vomitarlo encima tuya, Leslie, sucio perrillo traidor.

—Desvarías, Lloyd; la fatiga...

La copa que Elliot sostenía en su mano se estrelló contra el suelo, y de dos zancadas se plantó ante el gordo.

Pero no pudo decir nada. Notó contra su estómago algo duro y miró hacia abajo. La mano de Nelson que había estado acariciándose la piel bajo el pijama empuñaba una pistola de corto cañón y maligno aspecto.

—Has sido condenadamente listo, y eso te ha conducido a este final.

Se miraron ambos a los ojos, intensamente. Leslie Nelson ya no era un inofensivo gordo, sino una máquina de preciso mecanismo, insensible a todo.

—No va a servirte de nada, Leslie. Stock Harvey y Peter Brown declararán.

—No les daré tiempo.

—¿Crees que puedes salpicar impunemente tu camino de cadáveres?

—Desde el otro mundo lo comprobarás.

—Estás rematadamente loco. La policía está a punto de venir.

—No es cierto.

—Aguarda un poco y verás.

—No me encontrarán. Lo tengo todo preparado para un caso como éste.

—No debiste haber matado a Vesta, ni tampoco a Amy. Han sido dos víctimas inútiles. Amy estaba demasiado ligada a ti para hablar, y Vesta no conocía la identidad de los rostros que vio. Hubiera bastado con desaparecer de aquí, pero quisiste asegurarte.

—Me gustan las cosas bien hechas.

—Tampoco era preciso matar a Doug Klein.

—¡Me traicionó!

—¿Por qué reñisteis?

—Quería una participación mayor en el negocio porque él podía abrir la caja.

—¿Cómo sabía la combinación?

—En la cárcel conoció a un perito en cajas de caudales y le dio muchas lecciones, incluso le habló de la existente en el Belmont Park y le facilitó instrucciones para abrirla, porque él mismo lo había hecho, aunque había sido capturado por los vigilantes.

—Y tú le facilitaste las llaves de las puertas.

—Mi condición de periodista me permitió sacar los moldes.

Lloyd asintió.

—Bien, creo que la policía está llegando.

De un manotazo, apartó la pistola y su diestra voló al encuentro de la barbilla del canalla. Pareció que ésta se deshacía bajo el terrible impacto, y el enorme corpachón cayó contra el suelo, sin conocimiento.

Elliot se inclinó y le quitó la pistola. Luego le ató y, cuando Leslie Nelson empezó a abrir los ojos marcaba el número del teléfono del teniente Davis.

El teniente Hal Davis tenía tormentosa la expresión y prietos los labios. Frente a frente, los dos amigos parecían dos gallos de pelea en el desierto despacho del Departamento.

—¿Te sientes satisfecho, Elliot? Sin duda piensas que eres protagonista de una novela policíaca.

—La verdad, es que estoy aguardando que me felicites.

—¡Maldito estúpido! —gruñó el policía.

Lloyd miró a su amigo.

—Esto nuestro podría arreglarse fácilmente, Hal.

—¿Sí?

—¿Por qué no nos damos unos puñetazos? Seguro que se nos acabaría el malhumor.

El policía miró al detective, con rencor.

—Dos mujeres han muerto por tu estúpida pretensión de ser un héroe.

—¿Y qué hubieras hecho tú y tus procedimientos legalistas? Fue todo demasiado rápido y tuve que actuar así: Yo ignoraba el paradero de Vesta y también el de Amy. ¿Cómo podía decirte que las protegieras?

—¿Y la captura de Leslie Nelson? ¿También tenías que hacerla tú solo?

—Si te hubieras presentado allí, con toda tu brigada, Leslie Nelson se hubiera reído de todos y no hubiera habido manera de hacerle confesar. Pero yo solo sí le hice hablar y confesar su culpabilidad.

—Pudo matarte.

—¡Sí! Pudo matarme. ¿Y qué mil diablos te importa a ti? Tienes a Nelson, a sus dos asesinos, a los chicos de Greenwich Village que le ayudaron e, incluso, al propio abogado de Doug Klein. Te lo he servido todo en bandeja para tu lucimiento. El fiscal te golpeará amistosamente sobre el hombro y tú hincharás el pecho. Muy bien, teniente Davis, ¿algo más? Me he quedado sin licencia y ahora tendré que pensar en buscarme alguna representación de frigoríficos

para seguir viviendo. ¿Puedo marcharme, o estoy detenido también?

Davis le sujetó del pecho y Lloyd le dio un manotazo.

—Estoy preguntándome qué se siente cuando uno golpea a un teniente. Y creo que voy a darme ese gusto.

Hal quedó frente a su amigo, aguardando a que el puño cayera sobre él, pero Lloyd no llegó a hacerlo.

Davis se volvió hacia su escritorio y tomó una hoja de papel.

—Los trazos escritos por el criado de Doug Klein encima de esta hoja quedaron parcialmente grabados aquí, y el departamento técnico ha podido identificarlos. El criado escribió: «Llamó mister Bernstein». Fue una buena idea tuya la de arrancar esta hoja con aquel truco.

Lloyd suspiró.

—Vaya, he tenido una buena idea.

Hal Davis dejó la hoja sobre su escritorio, y sacó del cajón una tarjeta.

—Vete cuanto antes. Tengo trabajo.

Elliot recuperó la licencia.

—¡Hal...!

—No hagas ningún comentario y lárgate. Puedes seguir haciendo de las tuyas. A cambio, sólo voy a pedirte una cosa: acude en cuanto te citemos para testificar ante el fiscal.

—Lo haré.

Tendió su mano. Hal Davis seguía con el rostro rígido, pero acabó por distenderlo en una sonrisa mientras estrechaba la mano de su amigo.

—Eres un borrico. ¡Fuera!

Salió Lloyd a la calle, y vio que el sol había asomado ya. Un taxi pasaba ante él y lo llamó:

—Lléveme a la Emisora NBA.

Dentro del coche, aguardó a que saliera el turno de la noche. De pronto, vio a Kay Weston que caminaba con paso rápido, y Elliot bajó del vehículo, cortándole el paso.

—Todo bien, nena.

—¡Lloyd! —tenía el rostro preocupado y ojeroso.

—No pude llamarte, pero aquí estoy para no marcharme. Todo se ha solucionado... y no soy un huido.

—No sabes lo feliz que me haces...

—Esto es sólo el principio, querida. A partir de ahora...

No quiso continuar. La tenía ante él, hermosa, tentadora, exquisita, hecha una delicada muñeca de carne.

La tomó en sus brazos y la besó largamente. Kay Weston había visto muchas películas y sabía lo que se tenía que hacer en aquellos

casos.

El taxista se abanicó con la gorra.

FIN

"Parapetado tras el automóvil hizo tabletear la metralleta hasta que se le agotó el peine, pero a pesar de aquello no escaparía a las manos de la justicia..."



Este es uno de los
apasionantes fragmen-
tos de

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

reciente título perteneciente a la más apasionante
novela de

SILVER KANE

¡La novela policíaca de más acción y más dinamis-
mo que recuerde usted haber leído!

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

¡Usted no podrá sustraerse a la inmensa emoción
que emana de sus páginas!

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

la publicará en su próximo número

Precio de venta: 6 Ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ÚLTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCIÓN "PIMPINELA"

758 — M. Redón Chirona
LA LOCURA DE UNA
NOCHE

COLEC. "MADREPERLA"

654 — Mary Vidal
QUIERO SER COMO TÚ

COLECCIÓN "ROSAURA"

598 — María Morgan
SE BUSCA A UNA MUJER

COLECCIÓN "AMAPOLA"

485 — María del Carmen Rey
VERÓNICA

COLECCIÓN "ALONDRÁ"

419 — Jesús Navarro
EL CIELO NO ES AZUL

COLECCIÓN "CAMELIA"

360 — Corín Tellado
EN AQUÉL VALLE...

COLECCIÓN "CORAL"

40 — Corín Tellado
ALMAS EN LA SOMBRA

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCIÓN "BISONTE"

699 — George H. White
JUSTICIA CON PLOMO

Col. "SERVICIO SECRETO"

563 — Mikky Roberts
MUERTE EN TUS BRAZOS

COLECCIÓN "BÚFALO"

396 — Clark Carrados
EL TREN DE LAS 7'30

COLECCIÓN "TEXAS"

264 — M. Lafuente Estefanía
PLAGA DE VENTAJISTAS

COLECCIÓN "CALIFORNIA"

243 — Fidel Prado
EL BOSQUE TRÁGICO

COLECCIÓN "COLORADO"

188 — A. Rolcest
LA TREGUA DE LOS
VALIENTES

COLECCIÓN "KANSAS"

154 — Alf Regaldie
TESTAMENTO INFERNAL

Col. "HÉROES DEL OESTE"

136 — M. Lafuente Estefanía
REBELIÓN EN EL OESTE

COLEC. "ASES DEL OESTE"

106 — R. C. Lindsmall
LAZOS DE ODIO

COLEC. "BRAVO OESTE"

18 — M. Lafuente Estefanía
CON EL "COLT" NO TENÍA
IGUAL

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GÉNERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCIÓN!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PÁGINAS
MÁS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCIÓN

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6

PTAS.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡Extraordinaria!

LA COLECCIÓN MÁS LEÍDA
EN TODOS LOS PAÍSES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TÍTULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCIÓN

HISTORIAS



**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El **DDT**
**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2,50 PTS.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.º núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valetín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Ruta, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S.A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S.A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacihuatl, S. A. - Avda. Uruguay 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

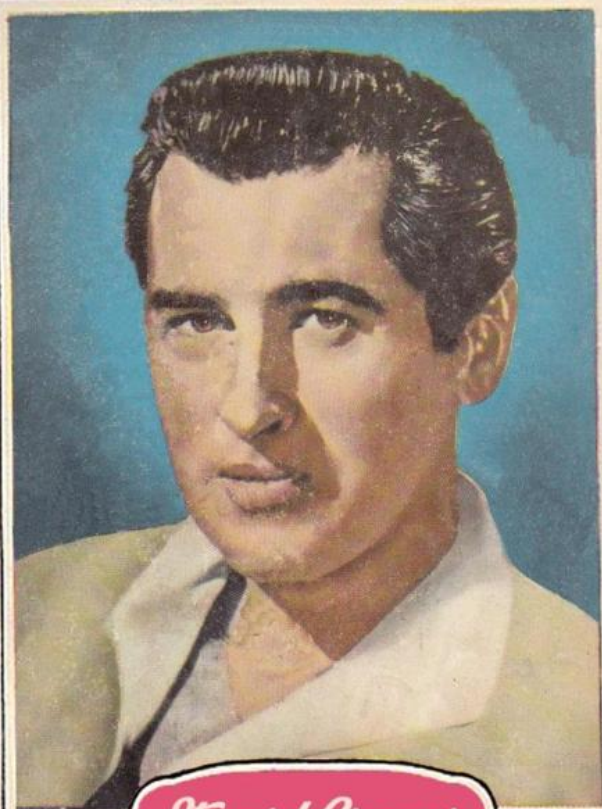
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

★ ★ LLUVIA DE ESTELLAS ★ ★



Steward Granger

★ N.º 1307

Este famoso actor nació en Inglaterra el 6 de mayo de 1913 con el nombre de James Steward; recientemente se ha divorciado de su esposa la actriz Jean Simmons. De sus interpretaciones destacan "Scaramouche" y "Las minas del rey Salomón". ★



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain